



Ya no sólo pasaron los meses sino los años, y una noche apareció iluminada la casa de la Bayer. Aquella noche se casaba con Juan Finet la que el pueblo imaginaba enamorada de Roviglia. Después de algunos meses Luisa Bayer vendió su quinta y fué á vivir, con su esposo, en otro punto del pueblo, en donde arrendaron una casa menos buena y menos espaciosa que la quinta vendida.

Poco á poco la pareja matrimonial fué perdiendo algo de aquella circunspección y retraimiento de los primeros tiempos y fué aumentando sus relaciones en el pueblo.

Parecía sonreírse la fortuna, y yo no sé qué vientos de prosperidad soplaban á los felices esposos: parecía que habían tomado á pecho divertirse, y apenas pasaba una semana en que no tuvieran una gran comida ó un paseo á los alrededores del pueblo, comidas y paseos á que nunca faltaban las personas principales de la localidad.

Y entre tanto, así es el corazón humano, la memoria de Roviglia, de aquel hombre que tanto había servido al pueblo en general y á cada uno de sus habitantes en particular, apenas si se recordaba por algunas personas y ya iba cayendo en el más completo olvido.

¿Qué había sido de él? ¿En dónde estaba? ¿Había muerto? ¿Había dicho adiós á su pequeño pueblo, donde hacía tanto bien, para buscar un teatro más ancho en que poder lucir sus talentos y su bondad? Nadie podía responder á estas preguntas, y lo que es más triste todavía, nadie se preocupaba de buscar datos para poder responder á ellas. Hacía siete años que Roviglia estaba ausente. La casa-quinta en que vivió antes de casarse Luisa Bayer, había pasado á otras manos. Un rico propietario del lugar la había comprado y se preparaba para hacer en ella reparaciones de la mayor importancia.

En una de las excavaciones que hubo que hacer en el jardín, con el fin de hacer una gran bodega, se halló un cráneo humano, é inmediatamente se suspendieron los trabajos y se dió parte á la autoridad, como se hace en todos los pueblos en que se tiene noticia de lo que es una investigación judicial.

La autoridad tomó las medidas necesarias para que nadie se acercara al lugar en que estaban haciéndose las excavaciones, y como no hubiera médico en el pueblo, se pidió un médico-legista á Montpellier con el fin de hacer las investigaciones que fueran necesarias, para ilustrar al juez que debía entender en el asunto.

Mientras el juez se ocupaba en las investigaciones judiciales, en el pueblo se decían mil cosas sobre el cráneo encontrado en la casa de la Bayer; se decía, entre otras cosas, que aquel cráneo debía ser de algún querido que la Bayer había asesinado. Esta versión andaba en boca de las personas que nunca vieron á la Bayer con buenos ojos. Otras personas recordaron entonces el nombre de Roviglia y llegaron á decir que el cráneo encontrado en el jardín era suyo, que lo habían visto y que tenía con el finado una gran semejanza; que no había más que mirarle los dientes al cráneo, para ver que eran los mismos dientes de Roviglia. Estas y otras patrañas se decían en el pueblo con insis-

tencia; pero el proceso nada adelantaba con estos dichos callejeros, forjados por la imaginación del vulgo. El juez no tenía datos que le permitieran obrar con actividad y se mantenía dentro de una razonable prudencia.

El médico-legista pedido á Montpellier había llegado; el juez le había pedido su informe, después de entregarle el sitio en que se había hallado el cráneo, con el fin de que se continuaran las excavaciones bajo su dirección inmediata.

El médico se puso á la obra, estando siempre en comunicación con el juez, para ayudarse mutuamente.

La insistencia con que se hablaba de Roviglia entre la gente del pueblo, impulsó al juez á investigar algunos puntos que podían servirle para el proceso.

Entre otros, el juez trató de saber: 1.º cuándo había salido del pueblo Roviglia, y 2.º si había ó no vuelto de su viaje.

Con este propósito tomó numerosas declaraciones á muchas personas del pueblo, declaraciones que no sólo le dieron la fecha exacta de la partida de Roviglia, sino que le indicaron á qué pueblo vecino había ido. Animado con el éxito de las declaraciones mencionadas, el juez tomó á pecho la investigación judicial y se trasladó en persona al pueblecito adonde decían que había ido Roviglia.

Allí tuvo bastantes dificultades, tratándose de un asunto que había tenido lugar siete años hacía; pero la actividad del juez y la bondad de Roviglia, que hacía que no se olvidase su memoria, hicieron posible la investigación. Algunas personas lo habían conocido y habían aprovechado de sus conocimientos, y como se esparciera la noticia de que el juez buscaba datos sobre la estada de Roviglia en aquella localidad, no faltó quien dijera que el panadero del pueblo era muy amigo de Roviglia, que siempre lo ocupaba y que habían mantenido estrechas relaciones.

El juez llamó al panadero y después de una entrevista con él, supo que era cierto lo que se decía de sus estrechas relaciones con Roviglia, que lo había ocupado muchas veces y que creía que conservaba entre sus papeles algunos recibos que llevaban su firma y que se referían á pagos hechos á Roviglia por trabajos en la panadería. El juez pidió esos recibos al honrado panadero, que los trajo al día siguiente.

Entre los tres recibos que el juez examinó, dos de ellos eran de fechas atrasadas al último viaje de Roviglia; pero el tercero tenía una fecha que correspondía perfectamente al viaje. El recibo había sido firmado cinco días después del día en que Roviglia había salido de su pueblo, en el mismo mes del mismo año, y se podía conjeturar que aquellos cinco días eran los que Roviglia necesitó para terminar los trabajos que el panadero le había encomendado. Dada la fecha en que Roviglia había hecho su último viaje y el recibo firmado cinco días después, no cabía duda de que aquel recibo había sido hecho en el último viaje.

Pero era más: el panadero declaraba que Roviglia había tomado la diligencia para volver á su pueblo, que él mismo había ido á acompañarlo, hasta verlo partir. Este era

un dato de importancia: Roviglia había vuelto á su pueblo.

Mientras el juez se ocupaba en estas investigaciones, el médico había exhumado el cadáver de la quinta, que al parecer había sido enterrado vestido, porque conservaba sus botas. El médico-legista extrajo el esqueleto, que era lo que había, después de quien sabe cuántos años de permanencia debajo de la tierra. Este trabajo hecho por el médico se hizo con la mayor escrupulosidad; el esqueleto fué armado y limpiado con un cuidado infinito, como debe hacerse en tales casos, y cuando se hubo hecho este trabajo, el doctor empezó el estudio del esqueleto.

Pero dejemos al doctor en el cumplimiento de sus deberes, y volvamos al juez, que tenía vivos deseos de volver de su excursión investigadora.

Terminada las diligencias con el panadero, el juez volvió á su juzgado y continuó allí sus trabajos, llamando á declarar á todas las personas que hubieran tenido relaciones con Roviglia. Omitimos todas las declaraciones que tuvieron resultado negativo, que fueron muchas; pero haremos mención de dos que tienen cierta importancia.

Un hombre que guardaba cabras en la colina á cuyo pie está edificado el pueblo, dice que hace, poco más ó menos, siete años, en una noche de luna, pudo ver en la dirección de la quinta de la Bayer una especie de lucha en un jardín; declara que en aquella lucha había una mujer; después. . . . un hombre cayó, y ya no vió más. . . .

Pero la declaración de verdadero interés es la del zapatero de Roviglia, que dice: que le hacía calzado desde que llegó al pueblo y que conservaba todavía en su zapatería las hormas especiales que le había mandado hacer, porque el señor Roviglia tenía seis dedos en cada pie, es decir, era *sexdigitario*.

El juez había hecho sus investigaciones en la mayor reserva posible y el médico no había dicho una palabra del resultado de las suyas. Sin embargo, estaban al habla y ambos se comunicaban todo lo que con el proceso tenía relación.

Era evidente que después de la declaración del zapatero de Roviglia, el informe médico-legal sobre el esqueleto encontrado en la antigua quinta de la Bayer, dominaba toda la situación. Si el esqueleto era *sexdigitario*, casi no cabía duda de que aquel era el esqueleto de Roviglia, porque no se encuentran *sexdigitarios* á cada paso y aquella sería una coincidencia rarísima, inverosímil. Si el esqueleto no era *sexdigitario*, todas las investigaciones quedaban sin ningún valor.

En el primer caso, es decir, si el informe médico-legal confirmaba la declaración del zapatero, recaían vehementes sospechas sobre la Bayer y su esposo, y era preciso *detenerlos*; en el caso contrario, la exhumación era un hecho aislado, casual, en el cual no se divisaba un culpable.

El juez esperaba con impaciencia el informe del facultativo.

No es cosa fácil declarar si un esqueleto es ó no *sexdigitario*. El sexto dedo, que es el que constituye la deformidad, es rudimentario y formado casi exclusivamente de tejidos

blandos; así es que este dedo casi no tiene esqueleto; está colocado sobre una superficie áspera ligeramente levantada, que puede destruirse fácilmente por el frote con otro cuerpo duro. El doctor vaciló en un principio, y sólo después de concienzudos estudios y de comparaciones con los pies normales, que iba á estudiar al cementerio del lugar, llegó á formarse la convicción de que el esqueleto era *sexdigitario*.

Una vez que adquirió esta convicción, transmitió al juez su opinión con entera franqueza, antes de escribir su informe. Por lo demás, el informe versaba sobre dos puntos, á saber: una fractura de la parte posterior y lateral del cráneo hecha con un instrumento contundente, y el vicio de conformación de los dedos supernumerarios. El informe autorizaba al juez para prender á la Bayer y su esposo, y al día siguiente fueron reducidos á prisión, en medio del asombro de todo el pueblo, que no comprendía qué razones podía haber, para arrastrar á la cárcel á los felices esposos.

El médico-legista presentó su informe, acompañado del esqueleto perfectamente armado y limpio, y el juez empezó á tomar declaraciones á los presuntos culpables. La presencia del esqueleto en la sala del juzgado, produjo en el espíritu de Luisa Bayer la impresión más profunda y la hizo exclamar á pesar suyo: ¡Roviglia! En vano su marido intentó tranquilizarla, haciendo creer que la impresión producida por la vista del esqueleto, le hacía perder la razón. Todo fué inútil. La Bayer, estrechada por el magistrado y arrastrada por su propio remordimiento, declaró la verdad y confesó al fin delante del juez que ella y su esposo habían asesinado á Roviglia.

En la noche misma en que volvía de su último viaje su marido, había dado á Roviglia un golpe detrás de la cabeza con el cañón de una escopeta y lo habían enterrado vestido en el jardín de la quinta.

Cuando la noticia de esta declaración se extendió por el pueblo, hubo una consternación general, y los que nunca miraron con buenos ojos á la Bayer, y los que habían adivinado, en el cráneo exhumado en la quinta, la cabeza del inteligente Roviglia, se vanagloriaban de haber sido los primeros en reconocer en aquel matrimonio forastero los signos de la criminalidad.

¿Cuáles fueron los móviles que impulsaron á Luisa Bayer á cometer aquel horroroso crimen? ¿Cómo Juan Finet llegó hasta hacerse actor en aquel sangriento drama? ¿Era verdad que la Bayer amaba á Roviglia hasta haberse comprometido con él? ¿Se arrepintió y tuvo miedo á las iras de su prometido?

Parece indudable que Luisa Bayer amaba á Roviglia; mas como éste no se diera prisa en casarse con ella, y como la llegada de Finet al pueblo hubiera despertado en el alma de Luisa recuerdos vivos de un amor no extinguido, los antiguos amantes creyeron que el camino más corto para llegar á la realización de sus deseos, era quitar del medio á Roviglia, cuya presencia habría sido para la inconstante Luisa un testigo importuno y un acusador permanente.

Sea de ello lo que fuere, el hecho es que, el proceso terminado, quedaba establecido

claramente que los dos cónyuges eran los autores del asesinato de Roviglia.

El 15 de enero de 1830 Luisa Bayer y su marido, Juan Finet, fueron guillotinado.

ADOLFO VALDERRAMA

Santiago de Chile.

## DE RAFAEL ALTAMIRA

Oviedo, 2 de Noviembre de 1897.

Sr. D. José Enrique Rodó.

Muy distinguido señor mío: tengo que agradecer á usted vivamente el obsequio que me hace con su folleto «La Vida Nueva» y la amabilidad de la dedicatoria que se ha servido escribir en él. Nada puede serme más grato. Hace años que por diferentes medios trabajo para estrechar las relaciones literarias entre los hispano-americanos y los españoles. Utilicé á este propósito, algún tiempo, el diario republicano de Madrid *La Justicia*, luego el *Boletín de la Institución libre de Enseñanza*, y para lo mismo he fundado y sostengo mi *Revista Crítica*.

Con usted particularmente, y con sus compañeros de esa capital, deseaba mucho ponerme al habla.—Mi amigo Leopoldo Alas me había puesto en antecedentes respecto de usted, antes de que yo directamente conociese algo de su obra literaria. Ahora, después de leer *La Vida Nueva*, confirmo el juicio de *Clarín* y el que yo mismo, por otros datos, había podido formar con aplicación colectiva al grupo de los jóvenes uruguayos.

Usted, que ha tenido la bondad de leer mis libros y conoce, por tanto, mis ideas, comprenderá cuán profundamente participo de su punto de vista en lo relativo á la *novela nueva*. No creo que ni el maestro D. Juan Valera, ni Emilia Pardo, que ahora terció en la polémica con Reyles, estén en terreno firme. *No ven el problema*. Usted sí lo ve, y con una serenidad de juicio que se sobrepone hasta á los impulsos naturales del patriotismo y de la *camaraderie*. Esta nota de la imparcialidad—que es, al cabo, para los inteligentes, la *sinceridad* misma—quizá es lo que me complace más en los escritos de usted, porque para mí lo primero en el crítico es ser sincero. Éste es el camino sólido para hacer obra sólida, y así tiene que ser la *nueva*.

En un libro mío de próxima publicación, en que he reunido diferentes trabajos de crítica histórica, política y literaria, verá Ud. la ampliación de estas razones y de este criterio; con algo que yo creo puede representar la fórmula (ó partes de ella) del espíritu nuevo. Mucho me complacerá que concuerden mis inducciones referentes á España y mis ideas personales con las de esa juventud culta y generosa.

Deseo que esta carta sea el comienzo de una relación intelectual estrecha entre nosotros. Pido de Ud. y de sus compañeros, para mi *Revista*, aquel auxilio necesario para que sea, cada vez más, un órgano central de comunicación entre los literatos y

eruditos de ambos continentes. Mi aspiración es que sea la *Revista Crítica* tan de ustedes como de nosotros en la esfera de su programa.

En esta Universidad, de la cual he sido nombrado catedrático por oposición, me tiene Ud. á sus órdenes, y quiero que Ud. me comunique desde hoy cuando quiera, á mi amigo y S.

q. l. b. l. m.

RAFAEL ALTAMIRA.

## Baladas en prosa

### UN IDILIO

Bajo el follaje silencioso de los tilos,—he visto inclinarse sobre una tuberosa pálida, como una novia de Ensueño,—un clavel mío orgulloso bajo su túnica escarlata.

Y he mirado á la tuberosa doblegarse,—en un estremecimiento vago de placer,—y he visto que el clavel se deshojaba sobre ella, en lluvia—de color de púrpura.

Desde una próxima glorieta—de guicinas, un mirlo malicioso—gorjeaba su canción picante,—mientras la tuberosa candida—enrojecía de pudor,—y el clavel padecía de orgullo bajo su túnica escarlata...

### EL LLANTO DE PSIQUIS

Un día brumoso en el camino de la montaña,—vestida toda de pétalos de lirio—encontré una Psiquis llorando—junto á un rosal marchito por la nieve.

Cada lágrima que caía sobre la roca—hacía brotar una flor blanca como el sueño—de una virgen enamorada de un astro;—y hubiérase creído que aquellas florecillas eran,—ellas mismas,—pequeños astros caídos de una lejana,—de una misteriosa constelación.

¡Oh, hermana mía!—¿por qué lloras?—dije inclinándome hasta rozar con mi frente—herida por las ortigas del camino,—sus alas tenues de libélula—posada sobre un cuello de cisne.

Entonces, Psiquis, sin responderme,—y señalando un nido de alondras—deshecho por los huracanes de invierno,—secó sus lágrimas con una flor enferma—de aquel rosal marchito por la nieve...

### LA PRIMER VIOLETA

En la hora grave del crepúsculo—los viejos árboles se retorcan de dolor—azotados por el viento de otoño,—y sus hojas amarillentas rodaban—con un gemido de angustia,—sobre el césped quemado por la escarcha.

Un ruiseñor solitario cantaba — sus tristezas en un claro del bosque, — y lentamente, como lágrimas infinitas — las estrellas fueron constelando el azul misterioso.

Sobre el rayo melancólico, — sobre el rayo más tenue — de la más remota constelación, — un gran querub desterrado del cielo — (cuyas alas herían las sombras — como espadas de diamante) — dejó caer de sus ojos negros, — de sus ojos tristes una lágrima azul: — y sobre el césped quemado — apareció húmeda de rocío, la primer violeta!...

LEOPOLDO DÍAZ.

Ginebra, 1927.

## CURIOSO DOCUMENTO

CARTA DE MADAME DE SAINT-ANDRÉ  
AL PRINCIPE DE CONDÉ

Luis I.<sup>o</sup> de Borbon, príncipe de Condé, nacido en 1530, se distinguió por el pronto en la carrera de las armas; pero despues de la muerte del rei Enrique II, que tuvo lugar el 10 de julio de 1559, algunos disgustos lo obligaron a entrar en el partido de los reformados, i se le acusó como promotor de la conspiracion de Amboise, que tuvo lugar en 1560. Fué aprehendido i encarcelado en Orleans, asiento de la corte. Catalina de Médicis i los Guisas estaban furiosos contra él. Se le levantó proceso.

En el curso de este proceso madame de Saint-André, que habia manifestado siempre mucho interes por el príncipe, aunque le fuese vedado entrar a la cárcel, hizo llegar a sus manos la siguiente carta anfibolójica, en la que le incita a persistir en la negativa de su injerencia en la conspiracion de Amboise. Esta curiosísima carta está testualmente concebida en los siguientes términos:

Croyez moi, prince, préparez-vous à la mort: aussi bien vous sied-il mal de vous défendre. Qui veut vous perdre est ami de l'Etat. On ne peut rien voir de plus coupable que vous. Ceux qui, par un véritable zèle pour le roi, vous ont rendu si criminel, étoient honnêtes gens et incapables d'être subornés. Je prends trop d'intérêt à tous le maux que vous avez fait en votre vie, pour vouloir vous taire que l'arrest de votre mort n'est plus un si grand secret. Les scélérats, car c'est ainsi que vous nommez ceux qui ont osé vous accuser, meritoient aussi justement recompense, que vous la mort qu'on vous prépare; votre seul entêtement vous persuade que votre seul mérite vous a fait des ennemis, et que ce ne sont pas vos crimes qui causent votre disgrâce. Niez, avec votre effronterie accoutumée, que vous ayez en aucune part a tous les criminels projets de la conjuration d'Amboise. Il n'est pas comme vous vous l'êtes imaginé, impossible de vous convaincre; a tout hasard, recommandez-vous a Dieu.

He aquí ahora la traducción española:

Creedme, príncipe, preparaos a la muerte, porque os sentaria mal defenderos. El que quiere perderos es amigo del Estado. No se puede ver nada mas culpable que vos. Aquellos que, llevados de un verdadero celo por el rei, os han hecho aparecer tan criminal, eran jentes honradas, incapaces de ser sobornados. Tomo demasiado interes por todo el mal que habeis hecho en vuestra vida para querer callaros que vuestra sentencia de muerte no es ya un secreto tan grande. Los criminales, pues que así llamais a aquellos que se han atrevido a acusaros, merecian una recompensa tan justa como vos la muerte que se os prepara. Solo vuestro capricho os persuade de que solo vuestro mérito os ha acarreado enemigos y que no son vuestros crímenes los que causan vuestra desgracia. Negad con vuestro cinismo acostumbrado que hayais tenido parte alguna en todos los criminales proyectos de la conjuración de Amboise. No es, como lo habeis imaginado, imposible convenceros de ello; a todo evento, encomendaos a Dios.

Para tener el verdadero sentido de esta carta, es preciso leer solamente el primero, tercero, quinto, sétimo renglon, etc., i entonces se obtendrá el siguiente, diametralmente opuesto al anterior:

Croyez-moi, prince, préparez-vous a vous défendre; qui veut vous perdre est plus coupable que vous. Ceux qui ont osé vous accuser meritoient la mort qu'on prépare; votre seule mérite vous a fait des ennemis, qui causent votre disgrâce. Niez que vous ayez en aucune part a la conjuration d'Amboise; il n'est pas possible de vous en convaincre; a dieu.

Lo que traducido al castellano, da lo siguiente:

«Creedme, príncipe, preparaos a defenderos. El que quiere perderos es mas culpable que vos. Aquellos que os han vuelto tan criminal eran sobornados. Tomo demasiado interes por vuestra vida para querer callaros un secreto tan grande. Los criminales que se han atrevido a acusaros merecian la muerte que se os prepara; solo vuestro mérito os ha acarreado enemigos, los que causan vuestra desgracia. Negad que hayais tenido parte alguna en la conjuración de Amboise. No es posible convenceros de ello; a dios.»

El proceso continuó, i, no habiéndose probado nada, se solicitó la gracia del príncipe, la que le fué acordada por el rei Carlos IX a su advenimiento.

FIDELIS P. DEL SOLAR.

Santiago de Chile.

## ACUARELAS

### LA DESESPERACIÓN DE LULÚ

... L'enfant malade et doux fois  
impure...

VIXIT.

I

Lulú siempre ríe. Su boca diminuta, con dos pétalos de amapola, se entreabre á la aurora de la alegría mostrando dos hileritas de gotas de rocío; luego una carcajada argentina, fresca y suave, vibra en su garganta y enciende con el más suave color de rosa sus preciosas mejillas. Sus ojos, como diamantes negros, ríen continuamente con reflejos azulados.

El placer sólo existe para la delicada Lulú. Su corazón late tan sólo á impulsos de la alegría, y el calor de su pecho es el amor de las vírgenes tropicales. Sus manos pequeñas baten palmas continuamente; y todo su cuerpo, deslumbrante de blancura, es un himno de pasión y de alegría.

La suerte adversa y el dolor no existen para la bella Lulú. Todos los días de su vida, todas las horas, todos los instantes son para ella relámpagos de amor, notas de pasión, juguetonas y rientes, colores tibios de una aurora deslumbrante. La tristeza no puede herir la querida niña, y si alguna vez se le ha presentado, ha huído muy pronto avergonzada de haber atentado contra aquella sonrisa de Venus.

Para Lulú son todas las horas de calma y de placer; para ella todas las distinciones y favores de una cohorte inmensa de amantes; las mujeres le envidian; las flores, avergonzadas de verla más bella que ellas, se marchitan sobre sus troncos de esmeralda; y, para besarla en los labios, el sol funde todo su oro en un solo rayo, que llega temblando, como con miedo de mancharla.

Lulú siempre ríe. Su corazoncito no cesó un instante de latir el día que perdió su primer amor; su cabeza jamás se inclinó pensativa herida por una venganza de la envidia; su vanidad no se sintió humillada el día en que un amante desdeñado cometió — ¡horror! — el crimen inaudito de decir que Lulú no era cariñosa. El día en que perdió un aderezo de brillantes, ni una nube obscureció su frente.

Lulú tenía un gilguero al que quería con locura. Era, tal vez, su única pasión. Dábele de comer el alpiste sobre sus labios, y hubiera preferido su propia muerte á la de la linda avecilla. Un día Micifuz, el gato negro, saltó sobre el pajarito y le dió muerte. Pues bien, ese día Lulú no estuvo triste; antes por lo contrario, tuvo un grandioso acceso de risa cuando vió huír de ella al asesino, que creyó se le iba á castigar.

Una amiga, y amiga de la infancia, la que más favores le debía, le mintió una vez y huyó con el amante que adoraba Lulú; y al saberlo ésta, no pudo contener su alegría, pensando que si había huído aquella mujer, era por temor á ella.

Otra vez corrióse el rumor horrible de que la sencilla Lulú se embriagaba en las cenas con champagne, y al llegar la nueva á

ófidos de la pequeñita hada, al imaginarse la figura que tendría ebria, la acometió tan fuerte risa que su doncella creyó por un instante que iba á enfermar.

## II

Un día Violeta vió entrar á su amiguita Lulú toda llorosa y con las mejillas de nieve empapadas por las lágrimas. Violeta, la preciosa Violeta, sintió que toda la sangre se le agolpaba en el corazón.

¿Cómo? ¿Era realmente aquella su buena amiguita la que estaba así tan afligida? ¿Era aquella delicada hada que vertía juventud y alegría á su alrededor la que ahora tenía entre sus brazos y sentía estremecerse con sus sollozos? ¿Aquella era Lulú, Lulú la bella, la adorada, la riante niña?

Algo horrible debía haberle pasado. Violeta no encontraba palabras para consolarla, y toda estremecida, atemorizada por aquel acontecimiento, no hallaba un medio para consolar su buena amiga.

— Pero, Lulú, sé razonable... no llores así... Vamos, dime qué tienes... Tú sabes que te quiero, que soy tu única amiga. ¿Qué ha podido comverte de ese modo?

Y como Lulú siguiera sollozando sin darle una respuesta, continuó la fiel amiga:

— Vamos á ver, querida mía. Es necesario ser razonable. Confiame tu dolor para compartirlo. ¿Has perdido á tu Roberto tan amado?

— No, no, — hizo la cabecita de Lulú.

— ¿Has perdido toda tu fortuna? ¿Se te ha injuriado públicamente? ¿Ha muerto tu... madre?

— No, no — seguía haciendo la bella cabeza de la joven.

Violeta entonces se enojó. ¿Qué podría tener Lulú que la afligiera más que la pérdida de un amante adorado, de una fortuna considerable, de su dignidad de mujer, de una madre, que es el ser más querido? Aquello era para concluirle la paciencia á un santo.

— Lulú — dijo Violeta — á ver, niña... levanta esa cabeza dime lo que tienes, ó me resiento contigo...

Y haciendo su voz más amable, más dulce, casi confidencial, prosiguió:

— ¿Á su Violeta querida no le dice Lulú qué tiene?

Entonces la pobre llorosa levantó sus ojos enrojecidos y preñados de lágrimas, y con un sollozo inmenso que la ahogaba, entrecortada la voz, murmuró:

— Anoche... estuve en el baile... de...

— ¿Y bien?

— Fuf con Roberto.

— ¿Y el miserable festejó á otra?

— ¡Yo celosa! — exclamó Lulú casi á punto de lanzar una carcajada.

— Pues entonces...

— Yo iba con un vestido blanco; yo creí estar encantadora; estaba contentísima de mí-ma

— ¿.....?

— Y Roberto... ¡oh, mi Dios! yo muero de horror... me comparó... me dijo... que parecía una niña inocente!... ¡Una virgen!...

Y la pobre calumniada, estremecida por

aquel recuerdo, cayó ahogada en sollozos en los brazos de su amiguita Violeta.

## I INOCENTE I

Era una tibia noche de verano Violeta, reclinada en su diván, tenía entrecerrados sus lindos ojos y jugaba, con mano distraída, con el lazo celeste que ceñía la cintura de su blanco peinador. Carlos, muy cerca de ella, sentado en una silla dorada, la miraba con adoración y respeto.

El calor aquel día había quemado la tierra. Las hojas de los árboles desmayaron sobre sus pedúnculos y su color verde se acentuó á influjo de la savia enardecida. Los rayos de sol, horadando el follaje, fueron á quemar el pasto del suelo, dejándole de un color de oro. Hubo más vida y más amores. Las avejillas, en sus floridos niditos, desmayaron en arrullos perezosos de placer; los insectos de caparzones de esmeralda, carmín y azul de Prusia, se revolcaron entre el césped mecidos por una onda inmensa de amor y de alegría.

Las flores reventaron á una sus cerrados broches, abrieron enamoradas su seno de perfumes y colores y se entregaron á una orgía de luz y de matices, cambiando sobre las alas de la brisa su polen ardoroso. Hasta los grandes y viejos árboles se sintieron sacudidos por aquella enervante palpitación de vida, y á la par de los voluptuosos naranjos en flor y de los lujuriosos limoneros, embriagáronse de penetrantes perfumes y mezclaron, con una especie de frenesí, sus ramas, sus hojas y sus flores.

La tierra, abrasada, se fecundaba con los ardientes rayos del sol y, palpitante el seno, rasgábase como para recibir mejor aquel beso de fuego y de pasión. Y la vida adquirió toda su fuerza y gentileza, sacudiendo en toda una vibración de placer las aves y las flores, los insectos y la tierra.

En el prado, que vestía su más brillante túnica primaveral, se oía en la misteriosa hora de la siesta como un vago quejido de amor; besos brotados entre la sombra, entre un lirio y una caléndula; abrazos furtivos de las abejas de oro bajo las cortinas de gro de una amapola. Y un enervante olor de reseda y azahar vagaba por el ambiente, como quemado en un pebetero invisible por las moléculas ígneas del sol.

Y el estanque también rizó sus ondas transparentes, como para mezclar mejor sus perlas enamoradas, en tanto que bajo de ellas rojos y plateados pecesillos volteaban veloces persiguiéndose los unos á los otros y cambiando en un rápido centelleo toda la vida de sus amores. Y más abajo aún, allá en el mismo fondo, donde la arena engarza caprichosas y raras piedrecillas con nacaradas conchas y caracoles esmaltados, también impalpables ninfas y ondinas juguetonas celebraron su poético connubio, enhebrando sus cabellos con musgos de terciopelo y perfumando sus labios con la fina esencia de los mariscos.

Ahora todo parecía reposar de aquel exceso de vida, como si se hubiera agotado la fuerza en las horas de la tarde. Una somnolencia vaga é indefinible se tendía sobre la

naturaleza, bajo la clara mirada de las estrellas. La luna cruzaba en calma el fondo azul del cielo, como una virgen pudorosa que marcha á su celeste lecho. El silencio había sucedido á la vibrante armonía de besos y arrullos que había reinado durante el día en el jardín de Violeta.

Ella, la amante niña, sentía latir sus sienas, palpar acelerado el corazón, estallar sus venas con las oleadas de su sangre. No sabía qué era aquello. Un sopor, una somnolencia, un éxtasis indefinible la retenía allí en el sofá. No sabía lo que hacerse, ni lo que deseaba. Sus labios rojos no modulaban ni una sílaba; sus ojos encantadores continuaban entrecerrados, y apenas, de vez en cuando, los entreabría para envolver con indescriptible mirada al joven que estaba á su lado.

Carlos era casi un niño. Apenas dieciocho años; ligero bozo rubito sobre su labio de mujer; ojos azules, pudorosos, velados por honitas pestañas. Acababa de salir de la Universidad, donde el estudio no había hecho buenas migas con él y porque su posición social le excusaba de tener un título cualquiera. Habíale llevado un amigo á casa de la encantadora Violeta, y ésta, al par que despedía al otro, había rogado á Carlos que se quedara para contarle sus años de estudiante. ¡Era tan buena ella! ¡Quería tanto á estos pobres chicos que se marchitaban bajo la ficticia luz del quinqué durante las interminables noches de estudio! Les compadecía muchísimo; veía en ellos unos héroes, casi unos mártires. Y por óírle, no más, había hecho quedar á Carlos. Luego, concluido que hubo el joven su relato, se sintió ella repentinamente indispueta. Él quiso ir por un médico; pero Violeta, con un adorable movimiento de su mano de nieve, le detuvo, declarando que aquello pasaría muy pronto. Por eso habíase tendido en el diván.

Carlos no sabía ya qué decirle. Sentíase mal ante aquella mujer bonita que veía allí. No quería mirarla, y bajaba los ojos; pero siempre la perseguía la tentadora imagen. Al través de sus pestañas, como en un sueño, percibía su encantada cabecita ceñida de una aureola de finísimos cabellos; sus ojos entrecerrados, húmedos tal vez por la fiebre; su fresca boca apenas entreabierta para dejar pasar su acompasado aliento; y luego su busto escultural, aquel cuello de cisne, mórbido y blanco, que iba á perderse en la sombra del descote con amplitud creciente, torneándose bajo el peinador con adorable ondulación...

La seductora imagen perseguía al joven y le mareaba. El perfume tenue y enervante que exhalaba aquel cuerpo querido de mujer, le oprimía la garganta é incendió su sangre en las venas.

Quiso levantarse para partir; ella le detuvo. ¿Dónde iba? ¿Se fastidiaba allí? Ah! ella estaba muy disgustada de no poder serle agradable; de no hallarle algo que le hiciera pasar unos instantes de alegría. Y su voz dulce y argentina tenía arrullos de paloma, extrañas modulaciones de pasión, notas juguetonas y apagadas de pacer. Le hablaba en voz baja, inclinada hacia él, estremecidos los labios, como si reventaran en besos con las flores en perfumes; inau-

dándole con los fulgores de sus ojos húmedos y enamorados. Carlos sentíase cada vez más mareado: creía oír los latidos del corazóncito de Violeta, temblaba bajo el fuego de su mirada, sentía aquel calor enervante que irradiaba de sí la hermosa niña. Y otra vez púsose en pie para partir.

— *Quédate...* — murmuró ella débilmente, casi desesperada, declarándole su amor en aquel brusco tuteo. Pero Carlos sintió ruborizarse hasta el blanco de los ojos. Creyó haber oído mal, y por temor de ofenderla, rápidamente, sin meditar, sin aizar la vista, despidióse de la hermosa que en vano retenía su mano en la de ella con una opresión inequívoca, llena de promesas y placeres.

Y él huyó como un condenado, saltando de cuatro en cuatro los escalones hasta verse en medio de la calle, sin atreverse á volver los ojos por temor de ofenderla; en tanto que allá arriba, estremecida de ira, la preciosa Violeta se tendía en su diván, esta vez sacudida por un verdadero ataque de nervios.

Era una tibia noche de verano.

VICTOR PÉREZ PETIT.

## EL PENSAMIENTO DE AMÉRICA

JUAN B. ALBERDI

Muchos de los dis-entimientos que más de una vez me han separado de respetables compatriotas, no tuvieron otro origen que la diversidad del medio y del punto de vista desde los cuales nos oco formar nuestros juicios respectivos sobre los hombres, las cosas y los acontecimientos del país.

ALBERDI.

Tucumán, «el jardín de la República», «egún la gráfica expresión de Sarmiento, es la provincia que vio surgir á este robusto brazo de nuestra nacionalidad: paladín brioso de la democracia y de la idea federalista, y defensor abnegado de los hombres emprendedores y laboriosos.

Abrazó Alberdi, desde temprano, la carrera de las leyes que le cautivaba, al par que abría á la juventud estudiosa de aquel tiempo un horizonte halagüeño y fructífero, dados los escasos argentinos que la ejercían, y donde los abogados de su talla se creaban bien pronto una numerosa clientela.

En el foro chileno y oriental y en la alta Cámara, fué una figura espectable, abordando con lucidez y tino las arduas é intrincadas cuestiones legislativas. El que no llevara consigo pruebas explícitas y terminantes ó no aduciera atendibles razones, era inútil, inoficioso que se presentase á su estudio, porque Alberdi defendía lo justo: estaba vaciado en el molde de los antiguos tribunos de la Grecia.

Sus arengas forenses decidían á los jueces, y su dialéctica, un tanto fría, pero convincente como los razonamientos formidables de Pitt, se avenía con su temperamento sereno, casi taciturno, pero noble.

En la diplomacia, si no tuvo oportunidad de revelar su tacto en conflictos internacio-

nales, — que no se presentaron, — mereció la confianza del gobierno y el respeto de miembros distinguidos: — embajadores, ministros, cónsules, — que tenían de su capacidad un concepto superior. No una, sino repetidas veces, le envió el poder ejecutivo, con cargos difíciles, ante las cortes europeas.

Era Alberdi todo un repúblico. Su modelo, las figuras bizarras de la unión americana: Washington, Lincoln, Adams. Trataba por todos los medios de arraigar en nuestro territorio las mismas leyes y los mismos códigos, identificando nuestro sistema de gobierno con el que regia y rige á aquella república gigante, de sorprendentes transformaciones y de colosales industrias.

Persistía, con la fe de un convencido, en esas bases, y sus obras jurídicas y económicas iban encaminadas á ese fin, que era la estrella fija que lo guiaba al través de sus patrióticos ideales.

Después de la caída de Rozas, — de aquella tiranía abominable y sangrienta, sin precedente en los anales de nuestra procelosa historia, — se presentó el publicista, con sus libros sobre la organización política y comercial del país y sus *Bases de la Constitución Argentina*, que prestaron y siguen prestando inapreciables servicios.

Tenía Alberdi una cualidad muy rara, por desgracia no tan común como sería de desear en los estadistas que le sucedieron; quizá la que le privó de ascender á los más altos destinos: la honradez de Tacito. Se cuidaba de no mezclarse con los que hacían política localista y estrecha, con los que vendían su voto y su conciencia, como los fariseos la túnica de Cristo, por un puñado de oro; y una vez ligado á un plan político, era incapaz de una deserción.

Antes de poner en pública subasta sus principios, que eran su brújula, su norte, su talismán, lo que valía la pena de vivir, pasaba por todos los sacrificios y necesidades, pero no claudicaba.

« Su personalidad se destaca como la del fundador de una escuela constitucional, en torno de la cual hanse desenvuelto acontecimientos de una prolongada duración en el país. » (1)

Alberdi descolló en las buenas letras y en la música; sobre esta última compuso un tratado, y « se ensayó agradablemente en el panfeto, el cuento á la Voltaire y la alegoría política puesta de moda por Laboulaye. » (2)

Al emigrar de Buenos Aires, escribió en el Mar del Sud un poema humorístico y serio: *El Tobias*, del que puede verse un fragmento en *El Lector Americano*.

Con criterio maduro y el raciocinio de un filósofo, esbozó en un libro, que se publicó en París, la vida y los trabajos industriales de Williams Wheewright, fustigando tenazmente á los gobernantes que ponían trabas á ese ilustrado yankee, quien dotó á Chile de gas y de ferrocarriles; al Perú de los pri-

meros buques á vapor; á la Argentina de vías férreas como el Central Argentino, el Central de Córdoba y el de la Ensenada, y propuso á la Nación la realización del puerto ideado por Rivadavia, que se ha construído en el mismo sitio proyectado: al pie de Tolosa, punto estratégico y seguro para la defensa de las costas que baña el Plata.

Experimentado pedagogo, comprendía el magisterio de la enseñanza en todo su alcance, y en las *Bases* de la Constitución Nacional se hallan sus sabias doctrinas sobre cuestión tan influyente como la educación de la juventud.

Huía de los monacales y de los sofistas, como se huye de la lepra, y sin ser un clerófono solía decir: *Que el clero se eduque á sí mismo; pero no se encargue de formar nuestros abogados y estadistas, nuestros negociantes, marinos y guerreros*

Por ahí podía medirse al « educacionista y sondearse las relevantes convicciones del libre pensador.

No era materialista en el sentido grueso de la frase; pero, tampoco estaba conforme con el sentimentalismo religioso. Insistía en que *la sociedad necesita, de la religión, el hecho, y no la prédica estéril y palabreira*.

Odiaba el servilismo de Tartufo, y al entender en una causa ó al tomar sobre sí la responsabilidad de una fracción política, lo hacía por acto espontáneo de su voluntad y no por la codicia remunerativa. La guerra tenaz que el localismo estrecho le declaró, fué injusta Alberdi buscaba la amalgama y la conciliación de las catorce provincias, porque sólo así, en un acuerdo común, comprendía que debía surgir la grandeza nacional.

Sus sanas intenciones y sus nobles propósitos fueron empequeñecidos; la rivalidad y la envidia de algunos de sus contemporáneos, le persiguió hasta Fontenay á cuyo retiro le llegaban los dardos enconados y punzantes de la diatriba.

« Á la vejez y después de cuarenta años de ausencia, aceptó agradecido la reparación pública, resolviéndose á volver á su patria para sentarse en el Congreso. Era muy tarde, para él y para nosotros! No hay error más triste que ceder al llamamiento de la realidad, cuando la hemos transfigurado á la distancia con largos años de ilusión. Si la aparición de Alberdi envejeció y desorientado no fué un desencanto sino para los que no habían leído sus libros, para él la decepción fué profunda y fatal: se volvió al destierro como á su única patria, para acabar de morir. Había bebido durante un cuarto de siglo la hiel de la calumnia y el vinagre de la iniquidad; pero ese adiós eterno á su pueblo que no le conocía y á quien no conocía ya, fué sin duda la gota de suprema amargura.

« Queda su obra fragmentaria, y con ella el testimonio irrecusable del cerebro más comprensivo, del espíritu más ágil y sagaz de su generación, que es la gran generación argentina. Como literato de vigor y colorido, es inferior á Sarmiento y acaso á López: á todos aventaja como pensador político. En él la forma se ajusta tan perfectamente á la

(1) Juan María Gutiérrez. — *El doctor Alberdi*.

(2) Groussau. — *Juan B. Alberdi*.

idea que no parece existir: no tiene estilo distinto del pensamiento; y la frase transparente, estrechamente adecuada al concepto, remeda un velo blanco sobre una blanca desnudez. No tenía paleta; pero suele ser tan precisa su línea, que la ausencia de color no se deja sentir. Hay una virtud secreta en su talento, lo mismo que había en el hombre una belleza interior. » (1)

Conservaba el diploma de altas corporaciones científicas europeas, siendo miembro corresponsal de la Academia Española.

El congreso de la nación, en virtud de todos estos antecedentes honrosos, y sobre todo, apreciando el talento jurídico y legislativo del Dr. Alberdi, votó una crecida suma para la impresión definitiva de sus obras completas (ya aparecidas), poniéndola bajo la custodia y el patrocinio de los doctores don Manuel Bilbao y don Arturo Reynal O' Connor, quienes guardaban sus manuscritos inéditos, su correspondencia epistolar y las últimas confidencias de su espíritu.

Se hallaba Alberdi en extranjero suelo, en la pobreza, casi en la indigencia, cuando le sorprendió la postrera hora de la vida, dejando a las generaciones presentes no pocas enseñanzas, y los perfiles bien acentuados de un carácter probo, de una sola pieza; un ejemplo de virtudes cívicas que desapareció con él del escenario político argentino.

Consagrado por entero al estudio de los intereses colectivos y al mayor esplendor de la confederación, su inesperada muerte, comunicada por el hilo telegráfico en su lacónico desesperante, asumió las proporciones de un duelo nacional, al extinguirse de improviso, lejos de las playas natales, una cabeza privilegiada, uno de los hombres mejor preparados para la gestión de los negocios públicos, y una de las figuras culminantes de la patria.

## JOSÉ JOAQUÍN OLMEDO

Aquí yace José Joaquín Olmedo. Fue el padre de la patria, el ídolo del pueblo. Poseyó todos los talentos, practicó todas las virtudes.

EPITAFIO DE SU TUMBA.

Cuando en el escenario de América apareció José Joaquín Olmedo, la epopeya de la Independencia tocaba afortunadamente a su término; la libertad del continente era un hecho, recibiendo su sello definitivo en los campos de Junín y de Ayacucho.

Esas dos victorias de trascendencia incalculable, repercutieron en todo el planeta, probando el valor de los criollos del Nuevo Mundo. La magnitud de ese acontecimiento, que no se volverá a reproducir, necesitaba de un cerebro privilegiado que al comprenderlo lo perpetuase en verso magistral y rotundo.

No pocos, unos con aptitudes y otros sin ellas, lo intentaron, pero faltaba el soplo vigoroso del genio que se impusiera, faltaba el alma del poeta que al inspirarse en esa

nueva Odisea, transmitiese con viril patriotismo el caluroso entusiasmo de los vencedores, templase el estro en la nota épica y depurase las estrofas en el crisol de la verdad, burilándolas con el numen del pensador y del artista. Entonces, como enviado de lo desconocido, se presentó Olmedo con su canto *A la Victoria de Junín*.

Guaayaquil fué su ciudad natal y Lima la de sus estudios. Esto es cuanto sé de su biografía juvenil. Su foja de servicios como estadista es larga y magnífica; y su nombre empieza a sonar desde 1812, al ser elegido, por inmensa mayoría, diputado a Cortes.

En 1822, forma parte del Congreso peruano; abierto bajo los auspicios del general San Martín, y más tarde, Bolívar lo enriela en la diplomacia, graduándolo de Ministro representante cerca de los gobiernos de Inglaterra y Francia.

En aquellas cultas capitales adquiere la experiencia de la vida y aprende a conocer a los hombres y sus flaquezas, la sociedad y sus vicios.

Habla y escribe las dos lenguas. Traduce el *Ensayo sobre el hombre*, del afamado poeta inglés Alejandro Pope, y se penetra de la literatura bretona y sus derivadas.

No maigasta sus fuerzas físicas y morales, ni pierde su tiempo en futilidades. Va a las bibliotecas y allí se identifica con Milton, Shakespeare y Byron, se empa en sus creaciones maestras; penetra en los museos, los escudriña y estudia, porque es ídola por la historia natural; va a los grandes establecimientos fabriles y manufactureros y acopia para su colete un caudal de conocimientos que ignora, y en todo y por todo se ve al hombre dotado de inteligencia, al observador infatigable, que busca penetrarlo todo inquiriendo sus causas al descender el velo de los misterios, para su espíritu siempre ávido de nuevos descubrimientos.

A su vuelta al Ecuador, Olmedo no descansa. Los gobiernos que se suceden le llaman a los ministerios, a las cámaras, a la diplomacia, y al aparecer el canto a que ya he aludido, se le abren todas las puertas.

La *Inmortalidad* de Heredia comparte con *La Victoria de Junín* de Olmedo la dualidad de los aplausos y la reputación que alcanzan los cerebros de tal contextura y complejidad.

Devoto de los clásicos, Olmedo sigue el método y las reglas de la escuela preceptista y escribe ese canto a Bolívar, en que la sensación de lo patético está fiel y gráficamente dada.

La estética y las leyes que la constituyen, están tan sabiamente ajustadas en esa poesía, que hacen un paralelo hermoso con el verso bruñido, de imágenes estupendas.

Consultad el argumento, contemplad el escenario inmenso de los llanos y de las cordilleras, examinad al héroe, recurrid pacientemente a los anales de esa lidia inmortal, y concluiréis vuestra prolija excursión, reconociendo que pocas veces se ajustará con tanta fidelidad el arte poético a los hechos rigurosamente históricos.

Mirad estas estrofas que arranco del canto a Bolívar, en las que de vez en cuando cruza un pensamiento brillante como un relámpago en la obscuridad:

¿Quién el que ya desciende  
Pronto, y aperibido a la pelea?  
Prenada en tempestades, le rodea  
Nube tremenda; el brillo de su espada  
Es el vivo reflejo de la gloria:  
Su voz un trueno: su mirada un rayo.  
¿Quién aquel que al trabar la batalla,  
Ufano, como Nuncio de victoria,  
Un corcel impetuoso fatigando,  
Discurra sin cesar por toda parte...?  
¿Quién, si no el hijo de Colombia y Marte?

¿Cuánta inspiración encierra este fragmento simbólico, en que pinta el combate de Junín!

«Gloria, mas no reposo», de repente  
Clamó una voz de lo alto de los cielos;  
Y a los ecos, los ecos por tres voces,  
«Gloria, mas no reposo», respondieron.  
El suelo tiembla; y cual fulgentes faros  
De los Andes las cuspides arduenas,  
Y de la noche el pavoroso manto  
Se transparenta y rásgase, y el éter  
Allá lejos, purísimo, aparece,  
Y en rósea luz, bañado resplandece.  
Cuando improviso, veneranda sombra  
En faz serena, y ademán augusto,  
Entre cándidas nubes se levanta....»

Olmedo tiene también el reverso de la medalla; sería pretender lo que no alcanzó en sus *Georgias* Virgilio, ni Homero en su *Iliada*, que no se hallara una sola tacha en sus concepciones, una sola irregularidad en la versificación, una sola imagen pálida, un solo anacronismo ó redundancia en el lenguaje.

Nótese que este canto analizado en detalle tiene partículas malas y hasta estrofas como ésta que carece de gusto, resintiéndose en la ilación y en la estructura métrica:

«Del hombre izquierdo nebuloso manto  
Pende, y su diestra aéreo cetro rige:  
Su mirar noble, pero no sañudo;  
Y nieblas figuraban a su planta  
Pennacho, arco, carcaj, flechas y escudo.»

Pero si esta última estrofa adolece de disonancias y se presta a la censura, en cambio tiene otras como las que paso a transcribir, en que al dirigirse a Dios, todo lo armoniza.

Las irregularidades señaladas no llegan a hacerle sombra, porque cuando lanza su pensamiento audaz y pide inspiración a su numen, sobrepasa toda esfera y es necesario aplaudir:

«¡Oh padre, oh claro Sol! no desampares  
Este suelo jamás, ni estos altares.  
Tu vívífico ardor todos los seres  
Anima y reproduce: por ti viven,  
Y acción, salud, placer, bondad reciben.

Tú al labrador despiertas,  
Y a las aves canoras  
En tus primeras horas:  
Y son tuyos sus cantos matinales.

Por ti siente el guerrero  
En amor patrio enardecida el alma,  
Y al pie de tu ara rindo placentero

(1) Groussac — Juan B. Alberdi.

Su laurel y su palma:  
 Y tuyos son sus cánticos marciales.  
 Fecunda ¡oh Sol! la tierra,  
 Y los males repara de la guerra.  
 Da á nuestros campos frutos abundosos,  
 Aunque niegues el brillo á los metales:  
 Da naves á los puertos,  
 Pueblos á los desiertos;  
 Á las armas victoria,  
 Alas al genio y á las Musas gloria.  
 Dios del Perú, sostén, salva, conforta  
 El brazo que te venga:  
 No para nuevas lides; sanguinosas  
 Que miran con horror midres y esposas....  
 .....  
 Brilla con nueva luz, rey de los Cielos,  
 Brilla con nueva luz en aquel día  
 Del triunfo que magnífica prepara  
 Á su libertador la patria mía.»

El mérito, pues, de esta celebrada composición estriba en que, á la belleza de la versificación, del ritmo sonoro y del corte clásico, aquilata el de la reproducción más fiel y exacta de los hechos históricos.

No ha sacrificado el argumento á la poesía, ni la forma al fondo: ha ajustado el uno á la otra, alcanzando así el fallo definitivo que le da la crítica severa del historiador y del hombre de letras.

Bolívar, al tener conocimiento de ese canto, dirigió á Olmedo dos extensas cartas — denunciadoras de una intelectualidad poderosa, — algunos de cuyos acápites creo oportuno reproducir:

«Usted abraza la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles que no rodó jamás en Junín: usted se hace dueño de todos los personajes: de mí forma un Júpiter; de Sucre un Marte; de Lamar un Agamenón y un Menelao; de Córdoba un Aquiles; de Necochea un Patroclo y un Ayax; de Miller un Diomedes y de Lara un Ulises. Todos tenemos nuestra sombra divina ó heroica que nos cubre con sus alas de protección como ángeles guardianes. Usted nos hace á su modo poético y fantástico; y para continuar en el país de la ficción de la fábula, usted nos eleva con su deidad mentirosa, como el Águila de Júpiter levantó á los cielos á la tortuga para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros rastreros. . . . Usted debió haber dejado reposar ese canto como el vino en fermentación, para encontrarlo frío, gustarlo y apreciarlo. La precipitación es un gran delito en hacer menos versos que Vd., y por eso es el más puro versificador de los tiempos modernos.

«El plan del poema, aunque en realidad es bueno, tiene un defecto capital en su diseño.

«La naturaleza debe presidir á todas las reglas. También me permitirá usted que le observe que el genio Inca, que debía ser más leve que el éter, pues que viene del cielo, se muestra un poco hablador y embrollón, lo que no le han perdonado los poetas al buen Enrique en su arenga á la reina Isabel: y ya usted sabe que Voltaire tenía sus títulos á la indulgencia, y sin embargo no escapó á la crítica.

«La introducción del canto es rimbombante; es el ruido de Júpiter que parte á la tierra á atronar á los Andes que deben sufrir la sin igual hazaña de Junín: aquí de un precepto de Boileau, que alaba la modestia con que empieza Homero su divina *Ilíada*: promete poco y da mucho.»

Á las anteriores consideraciones críticas, contestó Olmedo con las siguientes levantadas y arrogantes:

«Todos los capítulos de las cartas de usted merecerían una seria contestación; pero no puede ser ahora. Sin embargo, ya que usted me da tanto con Horacio y con Boileau, que quieren y mandan que los principios de los poemas sean modestos, le responderé que eso de reglas y de pautas es para los que escriben didácticamente, ó para la exposición del argumento en un poema épico. Pero ¿quién es el osado que pretenda encadenar el genio y dirigir los raptos de un poeta lírico? Toda la naturaleza es suya; ¿qué hablo yo de naturaleza? Toda la esfera del bello ideal es suya. El bello desorden es el alma de la oda, como dice su mismo Boileau de usted. Si el poeta se remonta, dejarlo; no se exige de él sino que no caiga. Si se sostiene, llenó su papel. . . . Por otra parte, confieso que si cae de su altura, es más ignominiosa la caída, así como es vergonzosa la derrota de un baladrón. El exabrupto de las odas de Píndaro, al empezar, es lo más admirable de su canto. La imitación de estos exabruptos es lo que muchas veces pindarizaba á Horacio.

«Quería usted también que yo buscara un modelo en el cantor de Enrique. ¿Qué tiene Enrique con usted? Aquel triunfo de una facción, y usted ha libertado naciones. Bien conozco que las últimas acciones merecían una epopeya; pero yo no soy mujer de ésas; y aunque lo fuera, ya me guardaría de tratar un asunto en que la menor exornación pasaría por una infidelidad ó lisonja, la menor ficción por una mentira *mal trovata*, y al menor extravío me avergonzarían con la gaceta. Por esta razón, esas obras, si han de tener algo de admirable, es preciso que su acción, su héroe y su escena estén siquiera á media centuria de distancia.» (1)

La similitud que algunos escritores han notado en Andrade con Olmedo, se halla en la sonoridad del verso, en la amplitud de las imágenes y en la altura de los pensamientos, que parecen no hallaran en la tierra bastante teatro en que expandirlo, penetrando á veces en los abstractos y los metafísicos.

Tomo al azar de sus poesías una estrofa en que fulgura la fantasía de Olmedo:

«Como rayo entre nube tormentosa  
 Serpea fulminando, y veloz huye:  
 Vuelve á brillar, la tempestad disipa,  
 Y su esplendor al cielo restituye;  
 Así la espada del invicto Flores  
 Por entre los espesos escuadrones  
 Va sin ley cierta, brilla. . . y desaparecen.  
 Á los unos aterra su presencia:

(1) José María Torres Caicedo. — *Ensayos biográficos*. París, 1868.

Otros, piedad clamando, se rindieron:  
 Y á los que fuertes para huir, huyeron,  
 Los alcanzó en su fuga la clemencia.»

Rencillas de partido, lidias de hermanos, que no debieran existir, hicieron correr de nuevo la sangre en los campos regados en la heroica conquista de las libertades, y Olmedo, que se había inspirado en aquella grande epopeya, cometió el imperdonable yerro de poetizar la guerra civil, escribiendo su canto *A Flores*, al recibirse del mando de la República; mereciendo por ese hecho, del historiador Restrepo, el anatema á que se hacía acreedor:

«Befa y deshonor á los autores de tan sangrienta ejecución (se refiere á los muertos de la batalla de Miñarica) y al que la cantó en estrofas brillantes como un acto sublime de heroísmo.»

Eso dice el historiador de los revolucionarios, y Olmedo en su canto, lo que va á leerse:

Leyes y patria y libertad proclaman. . .  
 Y oro, sangre, poder. . . esas sus leyes,  
 Esa es la libertad de que se llaman  
 Íncultos vengadores. . .

La contradicción entre ambos, como la ha hecho notar el ilustrado venezolano don José María Rojas, está visible.

Pero lo cierto es que «á medida que la figura de Flores se aleja en la perspectiva histórica y se apagan y confunden sus rasgos entre el tropel de hombres de su especie que produjo la América en el primer medio siglo de su independencia, la de Olmedo se agiganta.» (1)

Después de diez años de mando cayó el Gobierno del general Flores, del que formaba parte el poeta, y subió el nuevo régimen que desde aquella fecha ha sufrido transformaciones radicales con tiranos como García Moreno, de la liga de los *ilustres*, que han sepultado al Ecuador en la bancarrota y el descrédito, siendo inútiles los sacrificios de patriotas tan preclaros como Eloy Alfaro y Juan Montalvo, que han emigrado de su patria por las persecuciones tenaces de que eran objeto.

La significación poética de Olmedo es notable: él fué el iniciador del movimiento literario del Ecuador; sus poesías imprimieron un espíritu nuevo á los novelos poetas y una radical evolución hacia las ideas encarnadas en el principio democrático, lanzando el reto al rostro de los dictadores y el anatema tremendo á los conquistadores.

Si no hubiese escrito otra composición que su canto *A la Victoria de Junín*, sería por sí sólo sobrado título para pasarlo á la posteridad.

Tal es el juicio de los contemporáneos sobre José Joaquín Olmedo, prez y honra de la poesía ecuatoriana, y el Arte Divino, á cuyo soplo se realizaron los más grandes portentos y se trasmisieron los pueblos desde la antigüedad, de generación en generación,

(1) G. Ballón. — *Psólogo á las Poesías de José Joaquín Olmedo*. — Garnier Hermanos. — París.

bloquelados en esa forma sublime del pensamiento, sus leyendas, sus descubrimientos y sus ideales.

Luis BERISSO.

Buenos Aires.

## VIVOS MUERTOS

Muertos no son los que en combate eterno se desprendieron del humano velo: son muertos los que llevan un infierno que empaña á el alma el resplandor de un cielo.

En esta vida de miserias llena vivos están los muertos de la guerra, porque esos no arrastraron la cadena de la prisión por la sangrienta tierra.

Los vivos son los muertos que en la tumba duermen el sueño de la eterna calma, donde la voz de la pasión no zumba, donde un aliento no descubre un alma.

Las almas que transitan por el mundo son ¡ay! las sombras de ilusiones muertas: son fantasmas que surgen del profundo y errantes vagan sin cesar é inciertas.

¡Ay de los muertos vivos cuyas huellas en este mundo miserable aun quedan!  
¡Ay de los vivos muertos! Son estrellas que en los espacios infinitos ruedan!

HERIBERTO LÓPEZ.

Chile.

## DOS SONETOS

Á veces nuestros labios como locas mariposas de amor se perseguían: los tuyos de los míos siempre huían y siempre se juntaban nuestras bocas.

Los míos murmuraban: *Me provocas!* los tuyos, *Me amedrentas!* respondían, y aunque siempre á la fuga se atenían, las veces que fugaron fueron pocas.

Recuerdo que una tarde, la querolla en el jardín llevando hasta el exceso, quisiste huir, mas por mi buena estrola

en una rosa el faldellín fué preso, y que después besé la rosa aquella por haberme ayudado á darte un beso!

Bañada en la fatal melancolía do te sumió tu mal por mis amores. me pediste una tarde las mejores rojas gardenias que en el huerto había.

Y cuando enamorado te traía, como una ofrenda á tu querer, las flores, huyeron enlazados tus colores con las sonrisas últimas del día.

Vencida á tu pesar, pálida y triste, las purpurinas flores recibiste, y cuando loco por calmar tus males

te hablé de amor y nuestra unión futura, de tu balcón una lechuza oscura vino á golpear graznando los cristales!

MANUEL B. UGARTE.

Paris, 1887.

## VERSOS

Á Emilio Berisso.

Puesto que allá en lojanas y solitarias tierras, Has ido á hacer la vida de un plácido patriarca, Supongo que mis versos, amantes y sinceros, Serán ¡oh caro amigo! consuelo á tus nostalgias.

Feliz de aquel que puede, huyendo del tumulto, Gozar de las delicias que otorga la campaña, Soñar bajo los sauces fantásticas quinernas Y de los ríos frescos beber el agua clara.

Oh, Emilio, no te quejes, si allá en las soledades No llegan los aplausos, que torpes nos engañan: Prefiera los silencios que ofrece la natura Á las mentidas frases que los amigos lanzan.

Aquí todo es engaño. Los labios son serpientes Que al cuerpo anquilado se aferran y se enlazan. Pronuncian frases bellas y luego ¡miserables! Nos sacan á pedazos retazos de la espalda!

Las calles con sus ruidos, los teatros con sus luces, Los hombres con sus risas melifluas y forzadas, Tan sólo quieren ¡males! matar las ilusiones Y extraer la fortaleza que guardan nuestras almas.

Oh! creeme, caro amigo, el odio á las ciudades Es santo, como es santo el odio á la venganza. En ellas jamás hiere la espada de los nobles, La envidia es la que hace la vez de las espaldas.

En cambio ¡cuan risueña la vida silenciosa Que tú, allá en los campos, seguramente pasas! Podrás besar ¡poeta! el cáliz de las flores Y hablar con los confusos murmullos de las ramas.

El céfiro callado tu frente soñadora Irá á besar cual besan los labios de las hadas, Y al rayo tremulante lanzado por la luna Sabrás formar un verso con rítmicas palabras.

Desenana, fiel amigo, desenana y no desees Dejar esos rincones callados de la paupa; Imprégna te de savia, imprégna te de vida. Que una hora de silencio es fuerza para el alma.

Buenos Aires.

JOSÉ PARDO.

## Joyeles bárbaros

### LA VEJEZ DEL SÁTIRO

Á José Parido.

Paseando pensativo por sombras atores Que visten las floridas y raras astromelias, El Sátiro caduco de núbiles amores Piensa en la rápida vida de las enmoelas.

Y vo pasar las Ninfas de suelta cabellera, De muslos marfileños y sangre incandescente, Brindando con su cuerpo la eterna primavera De rosas cálidas y cristalina fuente.

Y el Sátiro caduco, de besos Inmortales, Rehuye aquellas Ninfas, del Amor incensarios, Y va bajo la bóveda de viejas antelinas Á rezar con trito sus cristianos rosarios.

### SONETO

Á Carlos Orta.

Rueda la noche bajo la arcada de las magnolias. Los dos amantes yacen tendidos entre oxiacantos, Y en un espasmo de amor lascivo, entre oxiacantos,

Mezclan su sangre más enervante que las magnolias. Los dos amantes su sangre mezclan entre oxiacantos Mientras la noche rueda callada por las magnolias.

Ella, la amante De sangre roja como los sueños de las panteras, Bajo el deseo que la fustiga ruge convulsa, Y en un espasmo de amor lascivo, cual las panteras Temblando el seno, seca la boca, brama convulsa.

¡Mujer! ¡Fameesa! ¡Quién te dijera que aquella noche bajo la arcada De las magnolias daras vida tal vez á un genio! ¡Quién te dijera, mujer lasciva, que de la arcada De tu ignorancia negra saldría la luz del genio!

### EL PARAÍSO

Á Abraham Z. López-Pesha.

Bajo el pórtico inmenso y deslumbrante Del Alcázar Divino, el Ángel fiero Extendida la diestra y centelleante El inviolado acoro, Mostraba á la pareja maldocida El rumbo ignoto de su ignota vida.

Volvió Adán la cabeza, y un instante La visión de la Dicha que perdía Para siempre, causóle una agonía. Miró á Eva: el rencor crispó su mano.... Y cuando decargarla en ella quiso No pudo realizar su intento insano....

.... En los ojos de Eva, Adán había hallado el Paraíso.

VICTOR PÉREZ PETIT.

## Escritoras uruguayas

DOLORES LARROSA DE ANSALDO

### I

En la República Oriental del Uruguay, tan fecunda en preclaras y vigorosas inteligencias, no ha brillado, como debiera, con luz propia, en el zenit de las letras, la mujer literata.

¿Es que la naturaleza no la ha dotado de talento ni amor al estudio? Por el contrario: entre nosotros es proverbial la inteligencia precoz y perspicaz que ella posee. — En la ardua carrera del magisterio, por ejemplo, lo ha demostrado acabadamente. — Brilla en su cielo como astro refulgente de primera magnitud y cuenta con educacionistas como María S. de Munar, Adela Castell, Aurelia Viera, María Zavalla, Enriqueta Compte y Riqué, Victoria S. de Servino y Luisa R. Guarnaschelli, entre tantas otras que honran con su ilustración y sólidos conocimientos pedagógicos al personal docente nacional.

¿Cuál es, entonces, la causa, — se dirá, — de que no haya figurado en los albores de nuestra intelectualidad, al lado de Francisco Acuña, Alejandro Magariños Cervantes, Heracleo C. Fajardo y otros, en el país, y de Juana Manso y Juana Manuela Goritti, en la Argentina? . . . .

En 1891, estudiando esta misma circunstancia, declamamos:

« La educación deficiente de los primeros tiempos, en que la enseñanza casi se con-

cretaba á saber leer, escribir y contar superficialmente, y las continuas luchas intestinas que se han producido en el país desde su emancipación política hasta hace apenas un lustro, no han permitido que luzca con todo el esplendor de su genio, pues sus conocimientos han tenido que ser muy limitados y embrionarios.

De ahí que muchas inteligencias femeniles, unidas con el óleo perdurable del talento, se hayan visto abandonadas á sus propias fuerzas, actuando en un teatro sin vastos horizontes, sin porvenir ni emulaciones, condenadas, como Ícaro, á no remontar su vuelo á los incommensurables espacios, — como Prometeo, al martirologio de la desesperación, aprisionadas en la roca de la ignorancia, — y como Tántalo al suplicio de no poder aplacar su sed intelectual de saber, á pesar de sus relevantes disposiciones naturales. »

José Pedro Varela, con su magna reforma, y no obstante las turbulencias políticas que la han sucedido, tuvo la patriótica virtud de despertar la inteligencia de la mujer uruguaya del insomnio en que yacía.

Bella dormiente de nuestra intelectualidad, la vara mágica de la escuela moderna, como el capullo de la flor al beso de la brisa, abrió su espíritu vivificado por el Jordán de la educación, y si bien poco se dedica á las cuestiones literarias, conságrase, en cambio, en crecido número, á sembrar los sanos principios de la moral universal y el sentimiento cívico desde las bancas escolares.

Pero como no entra en nuestro propósito ocuparnos especialmente de la mujer — maestra, sino de la mujer literata, vamos á dedicar algunas líneas á esta última, empezando por una distinguida escritora fallecida ha poco tiempo y cuya memoria no ha sido debidamente honrada.

Dolores Larrosa de Ansaldo, nacida en una época en que la mujer no tenía emulaciones y en que se carecía de establecimientos de enseñanza propios para que los de su sexo dieran levantado vuelo á sus aspiraciones de saber, supo, empero, — impulsada por sus progenitores y llevada por su sed de conocimientos, — abrirse paulatinamente camino hasta escalar la cumbre.

Contaba apenas 16 años de edad cuando empezó á revelar sus sobresalientes dotes literarios, despertando su inteligencia al mundo de las letras, en esa edad en que se encuentran los dos crepúsculos mezclados, — el principio de una mujer y la conclusión de una niña, — como ha dicho el ilustre Víctor Hugo aludiendo á su heroína Deruchette.

En 1876 dió á conocer sus primeros ensayos el periódico « La Alborada Literaria del Plata » que se publicó en la ciudad de Buenos Aires, mereciendo la más favorable acogida y los parabienes de muchos eximios cultores de la literatura, porque la novel escritora demostró tener materia prima, capital intelectual propio, disposiciones apreciables para figurar dignamente en esa brillante pléyade literaria que empezaban á lucir en el cielo esplendoroso de las letras del Plata.

Esto le sirvió de poderoso estímulo, venciendo las preocupaciones de la mayoría de las de su sexo, que cree que la mujer ha nacido tan sólo para atender las tareas domésticas, y colaboró poco tiempo después en « La Tribuna, » « La Nación, » « La Prensa, » « El Álbum del Hogar, » « La Moda Ilustrada, » « El Correo Español » (diarios y semanarios de la capital federal argentina); en « La Juventud, » de Mendoza, « El Indiscreto, » de Montevideo, « La Estrella de Tarija, » de Bolivia, « El Pasatiempo » de Bogotá, « El Paysandú, » « La Conciencia Libre, » « La Floresta Uruguaya, » de Paysandú, y varias otras publicaciones importantes.

En 1878, bajo el título « Ecos del corazón, » publicó un opúsculo literario, en el que se contenían muchas de sus interesantes producciones hijas de sus dos primeros años de escritura.

Campeaban en todas ellas un estilo galano y un sentimiento delicado, por cuyo motivo encontraron éxito completo.

El justo nombre que ya había adquirido, le acrecentó, en 1882, con la aparición de su « Obras de Misericordia, » trabajo de mayor aliento, no sólo por constar de 550 páginas, sino también por su trama y desarrollo combinados correctamente.

Dicho libro lo dedicó á los autores de sus días.

« El amor á las virtudes, dice en él, que son la aureola de la mujer, me ha inspirado estas páginas: vosotros habéis labrado el campo que ha producido las flores que hoy os ofrece mi ternura. »

Carlos Guido y Spano, hablando de este libro, le escribía:

« Se ensaya Vd. en un terreno fértil, donde podrá Vd. encontrar nuevas flores que agregar á la fresca guirnalda. Está Vd. en la aurora, y comprendiendo todas las armonías de la naturaleza, no es extraño tengan en su corazón generoso, eco simpático, que llegará á ser profundo con la experiencia de la vida.

« Se halla Vd. en el templo donde se llevan ofrendas al genio, y su incensario es de oro. Los perfumes que esparce, impregnan también su velo y su corazón virginal. Yo los aspiro desde lejos y sueño todavía con la perdida juventud. »

En 1888 publicó « ¡Hija mía! » novela interesante, impregnada de sentimiento, bien escrita y llena de morales enseñanzas.

En 1889, su fecundo y hermoso talento, dió al público una nueva obra, — « El Lujó, » — novela de costumbres, que, como la anterior, por su estilo y su ternura mereció la mejor acogida.

Poco después apareció « Los Esposos, » obra calcada en las mismas ideas y sentimientos y que revelaba una vez más la bondad de un corazón siempre abierto á las expansiones generosas y á las nobles emulaciones del espíritu.

Sus obras encontraron buena acogida, tanto en Buenos Aires, — ciudad en que residía esta escritora, — como en Montevideo, Paysandú y otras localidades en que fueron puestas en venta; pero dolencias físicas y desgracias de familia colocaronla, sin embargo, en una triste situación.

Su esposo, don Enrique Ansaldo, — hombre inteligente y, como ella, cultor de las letras, — perdió la razón al poco tiempo de su matrimonio, y por lo tanto, en medio de sus contrariedades y abatimientos morales, ella sola tuvo que afrontar todas las necesidades del hogar.

El 21 de septiembre de 1891, nos decía: « Vivo sólo para mi hogar. Trabajo, ahora, vistiendo figuras finas de cartulina, cromos, oleografías, etc. Y, permítame esta vanidad: he resultado una *especialidad* en el arte de vestir figurita. Si mis libros me los retribuyeron espléndidamente, igual cosa me está pasando con las figuras, que á pesar de la situación actual del país, me las pagan con creces.

« Vaya esto, agregaba, por la frialdad que demostraron mis compatriotas cuando se les pidió un socorro para mi hogar en desgracia. »

Desde entonces esta distinguida y desgraciada escritora venía luchando con su infortunio y su indigencia, no obstante sus relevantes aptitudes y su perseverancia para sobrellevar con paciencia y con holgura su vida de madre de familia.

Con fecha 20 de septiembre del 95, noticiándonos su enfermedad, nos decía una íntima amiga suya:

« Es una sombra; ella misma dice que es una lámpara que se extingue; no arde ya; es un esqueleto lleno de luz. »

Y tenía razón: la esplendorosa luz que irradiaba en su espíritu no podía permanecer ya mucho tiempo ardiendo en su cerebro, y apagóse para siempre el 26 del mismo mes y año.

Poseía un hermoso talento y un noble corazón, y sus producciones descollaban más que por la brillantez en el estilo, — que era, sin embargo, ameno y lozano, — por la ingenuidad y el sentimiento que en ellas imprimía.

En su rostro bondadoso y simpático, como en sus bellos ojos pardos, retratábase su alma angelical.

Nacida para amar y padecer, bajó al sepulcro amando á los suyos, al tierno vástago que abandonaba para siempre, á su esposo enfermo y á sus cariñosos padres, y sufriendo por ellos, al cerrar sus ojos en los albores de la vida, cuando ésta es más dulce y anhelada, y cuando más falta hacía en el honrado hogar que había formado.

Contaba apenas 35 años de edad, y las letras del Plata podían aún esperar de ella mucho de bueno, pues sus vigorosas y creadoras facultades intelectivas se habían fortalecido con el estudio y la experiencia.

SEPTIMBRINO E. PEREDA.

## Raquel

Ave azul, tendiste el vuelo  
Por alta y lejana loma;  
Flor, se evaporó tu aroma;  
Ángel, te volviste al cielo.

Iris, te volviste bruma;  
Consuelo, me abandonaste;

Rayo de sol, te quebraste  
Del lago en la blanca espuma.

Armonía, te extinguiste  
Entre los pliegues del viento;  
Tú, mi dicha y mi contento,  
Me abandonaste y te fuiste.

Y mi dicha to llevaste  
Mi esperanza y mi consuelo,  
Y en noche de acerbo duelo  
Á mi corazón dejaste:

Noche negra, noche fría,  
Más triste que la del Polo,  
En que Dios mide tan sólo  
Lo hondo de la pena mía.

Ay! tu nombre al pronunciar,  
Siento, mi Raquel querida,  
Que del corazón la herida  
Vuelve otra vez á sangrar!

TOMÁS O'CONNOR D'ARLACH.

Octubre 1.º de 1897.

## «La Vida Nueva»

Señor don José Enrique Rodó.

Respetado señor y amigo:

¡Cuánto le agradezco su libro de crítica! En la indiferencia semi escéptica que domina los espíritus, en el bizantinismo literario en que hemos caído, todo aquel que con viril esfuerzo propenda á levantar los ánimos, á dar una palabra de esperanza y á mostrarnos, como celaje de próxima y luciente aurora, una *vida nueva*, un mundo en el cual todos rindamos culto á la Verdad y á la Belleza, debe ser recibido con albricias, y considerado, no ya como profeta mesiánico que con yambos flagela á los gentiles, sino como un apóstol de concordia y bienandanza. — Por tal le tengo á V.

Su libro, pues, me colma de satisfacción, y las consideraciones que él me sugiere, recíbalas como una prueba de simpatía y de respeto.

El Buen Genio del Arte, después de haber rozado con sus alas las frentes del autor de la *Comedia Humana* y del imaginador de *Madame Bovary*, se posaba en el bosque de Medán para cantar las glorias del predestinado revelador.

Los que se habían mareado con el divino alcohol de los Tres Poetas, y los descontentos de siempre, los intransigentes incitadores, pretendían echar lodo á la obra del Maestro. Inútil empeño: el ángel guardián extendía sobre el atleta solitario sus alas gigantes, y *L'Assommoir* y *Germinal* eran el grito de combate que, atravesando ríos y cruzando mares, llegaba hasta lo más escondido de las almas, convenciendo á impugnadores y halagando á partidarios.

Pero un mal día el Buen Genio, descubriendo nuevos misterios, levantó el vuelo hacia lo azul. Hoy sigue volando, sin lugar donde posarse, porque el hijo de Clotilde y Pascal señala aún el horizonte sin divisar al que *vendrá*.

El Arte de Gautier — que puede parangonarse con una beldad desusada, que al acariciarnos nos dejara impresiones de esqueleto y fueran sus ósculos, ósculos de muertos — ya no existe; porque á sus hierofantes los encegueció la luz de la verdad, *el grito de la carne*, que en vano pretendían sofocar con el mármol cincelado y el bronce bruñido.

Los que buscaron nuevos deleites en las honduras de espíritu, en la descripción paciente de los misterios del alma, se sienten débiles; y sin estrella que los guíe, ni mano que los ayude, piden por medio de su profeta la vuelta de « la divina virtud de la alegría en el esfuerzo y de la esperanza en la lucha. »

El viejo pensador del Norte — « el hombre de la cara de oso polar » — se va perdiendo en las brumas del olvido; y el ruso místico, después de haber roto la pluma que trazó la *Sonata de Kreutzer* y *Ana Karenine*, predica el Evangelio á la gente rústica, olvidado por completo del mundo de sus glorias.

Buscando el Mediodía, encontramos al Buen Genio volando sin cesar padeciendo de nostalgias de nuevos amores y de nuevos deleites. En vano se detiene y clama por otra *Gloria*, por otra *Pepita Jiménez* y por otra *Fe*. — En vano; y el Buen Genio, cansado de esperar, sin rumbos, pero siempre esperanzado, remonta el vuelo hacia lo ignoto, á perderse en los celajes grises . . .

Después de lo que apuntado queda — sosea repetición de lo escrito por V. con las ventajas del buen decir y del mejor pensar — ¿ cómo no esperar al que *vendrá*? ¿ cómo no bendecir de antemano al profeta que, como el fuego de los israelitas, guíe la caravana que espera « angustiosa y fatigada? » . . .

Yo, llevado por la hermosa fe que campea en sus escritos, y por el fuego de su voz, le espero tranquilo ya, seguro de que sus clamores no han de perderse en el abismo de la nada. Y le espero, como parece que le prefiere V., como un apóstol amoroso y bienhechor — Vestirá el color de la esperanza, coronará su frente el olivo de la paz, y reconciliando, — no destruyendo, — nos indicará la ciudad gloriosa, donde el lema « Verdad y Belleza » luce con fulgores que acarician, mas no enceguecen.

En el segundo de sus opúsculos, donde al igual del anterior sobresale su amplio eclecticismo — tan elogiado por Salvador Rueda, — la crítica que V. hace se convierte, con relación á este momento literario, en verdadera *cuestión palpitante*.

No ha mucho que don Juan Valera, consecuente con las ideas vertidas en los artículos « Moral y Estética, » « Fines del Arte fuera del Arte » y « El Maestro de Palmira, » se declaraba, en una crítica á propósito de *El Extraño* de nuestro compatriota Carlos Reyles, franco enemigo de la *novela nueva* y valiente propagandista de un Arte en el cual « no haya otro fin ni propósito que la creación de la belleza; » de un Arte que sirva para « dar pasatiempo, solaz y alegría al espíritu. » (1)

V., señor Rodó, aunque no tan á lo vivo como el autor de *Pepita Jiménez*, es parti-

dario del Arte « señor de sí, desinteresado y libre; » y en este punto, por desgracia mía, no concordaríamos, si las amplias aciaraciones que siguen en su crítica, no le presentaran enemigo del Arte que sólo alegra y deleita. No soy partidario del Arte del pasatiempo; y para quitar á mi opinión algo de lo mucho de ridículo que ella aparentemente contenga, trataré de explicarme como mejor lo pueda.

Y vamos á cuentas.

Si bello es ver deslizarse al río, entre festones de verdura ó sábanas de blanquiza arena, y perderse en las espumas del oleaje oceánico, mil veces más bello es ver esas ondas mover, con sus pujantes esfuerzos, la rueda del humilde molino, ó verlas desaparecer, como líquido mana, entre las mil canales en que el hombre las aprisiona, y maneja á su albedrío, para regar los sembrados que darán pan al pobre y manjar deleitoso al rico.

Yo concibo al poeta como el río que fertiliza. Hermoso es verle encumbrarse, en alas del ingenio, para mostrar los encantos mil de la belleza; hermoso, muy hermoso, verle aplicar á su obra todas las energías de su cuerpo y todas las luces de su mente, para hacernos partícipes de sus dolores ó de sus alegrías, de sus desengaños ó de sus esperanzas. Pero mil veces más hermoso, verle, como Cristo en la Montaña, luchar por una idea, predicar una doctrina, mostrando á los amantes de la Verdad y de la Belleza, que lo deleitable no está reñido con la enseñanza.

Así han concebido al poeta, y así han concebido al Arte los más grandes ingenios de la humanidad.

Las enmarañadas teorías de una religión vasta y misteriosa como el Himala ya, himnos en honor de dioses y de héroes, sencillas doctrinas de una moral embriónica aún, se unen y confunden con las mil bellezas del *Mahabharata* y del *Ramayana*.

Olvidémonos de Troya y sus magníficos guerreros; echemos al olvido al desdichado y artero Ulises; no pensemos ni en la mujer de fatal hermosura ni en la más fiel de las esposas. Pero no podrá olvidarse la lucha entre Oriente y Occidente, no podrá olvidarse el cuadro maravilloso en el cual el poeta encerraba la naturaleza, las sociedades, la religión y las costumbres. . . . porque Homero no entusiasmaba sin enseñar.

Hubo un momento histórico, en que, en busca de la forma, anduvo errante el pensamiento.

El poeta, mejor dicho, el cristiano, pensó; y el pensamiento tuvo su forma: la *Divina Comedia*.

Preguntad á los moradores del Infierno, por qué les visitó el Dante. — Paolo y Francesca lo saben . . . — Léanse, por separado y una por una, las inmortales estrofas, y la enseñanza sublime del moralista, rayo justiciero, hará palidecer la forma del poema. — Sin las armonías de la lira, la *Comedia* es una doctrina.

Los bardos del Norte, pálidos poetas, cantaban en sus baladas melancólicas el amor y la gloria. Pero andaban errantes; y con ellos cesaban los dulcísimos acordes de sus trovos á los marciales ecos de sus him-

(1) « Á vuelo pluma. »

nos. — Sifrido y Crimilda precisaban un poeta. . . .

El bardo pálido cantó, y los pueblos del Norte tuvieron su epopeya.

Hasta aquí los hombres no ansiaban un *más allá*; un más allá que calmara la sed de ciencia que sus mentes trastornaba.

«Nunca abandona la esperanza al leco  
soñador de quimeras. . . .»

y el poeta no desfalleció: se alzó imponente, desplegando á todos los vientos la inmortal divisa, *hallando en todas partes poesía*, hasta hacer brotar de su germánica lira los acordes mágicos de la epopeya del presente.

Conviértanse en prosa los versos del *Fausto*, y el filósofo surgirá luciente, magnífico.

Reforzados con esos ejemplos mis pobres argumentos, ellos adquieren su picuillo de lógica. De manera, pues, que la *novela nueva* la concibo novela *tendenciosa*; porque siendo el poeta, como lo califica el autor de *Beba*, «un gesto de la doliente humanidad,» ha de luchar, por consiguiente, por una idea, por una doctrina, ya que no por una escuela. Pero teniendo al *que vendrá* por un apóstol amoroso y bienhechor, la *novela nueva* no vendrá á destruir ni menos á crear: ella tendrá la misma divisa del autor del *Wallenstein*, y al abrigo de ella, patentará las exquisiteces y raros pensamientos de los *sensitivos*, sin menospreciar los primores de la belleza deleitable. Para concluir: la *novela nueva*, siguiendo mis teorías, vendrá á reconciliar á intransigentes y á ilusos. — Ya lo ha dicho V.: — «el espíritu nuevo viene á fecundar, á ensanchar, no á destruir.»

Y para acabar, también, con estos tiquis miquis en que me he metido, ¿qué más podré decir del libro de V.? . . .

Censurar, sería injusto. — Alabar, sería necedad: ya lo han hecho personas que, como *Clarín*, por ejemplo, valen mil veces más que yo.

No pudiendo, pues, ni elogiar ni censurar, sólo le pido eche al olvido estas insulsas elucubraciones.

José L. GOMENSORO.

## Un discurso escolar

Palabras pronunciadas en diciembre de 1886, en la adjudicación de premios de una escuela pública de la ciudad del Salto.

En épocas nefandas de corrupción, servilismo y decadencia, en épocas nefandas en que el vicio escarnece á la virtud y se burla de la honradez, en que el mérito y la inteligencia se relegan al olvido ó se desconocen, en que la injusticia se mofa de la justicia y se ríe á carcajadas del derecho, es muy halagador y muy grato asistir á fiestas de la naturaleza de la presente, en las que se premia la virtud y el mérito reconocido, y se rinde fervoroso culto á la inteligencia en sus más brillantes y hermosas manifestaciones.

¡Qué hermosas son, y qué bienhechora influencia ejercen en nuestro ánimo abatido,

estas fiestas que nos brindan la niñez y la inocencia!

En ellas desaparecen como por encanto todas las desigualdades que la loca vanidad y el loco orgullo de los hombres crean y mantienen de una manera permanente en el seno de las sociedades. Sí Ante los sagrados y espléndidos altares de la diosa Minerva pueden doblar libremente sus rodillas todos los hombres de la tierra: desde aquel que habita en su modesto rancho, cuyo techo de totora besan y acarician los serenos y plateados rayos de la Luna, ó aquel cuya humilde cuna se balanceó colgada de las ramas del ombú secular, en el que tiene su nido la calandria cantora, hasta aquel que viera la primera luz en rico y artesonado palacio, y que nunca conoció de cerca las desgracias de la miseria, ó los infortunios de la pobreza desolada.

De mí sé decir que estos hermosos torneos de la niñez se han conquistado — sin tener yo conciencia plena de ellos — mis más ardientes simpatías, razón que explica el que yo jamás niegue á ello aunque no tenga valor alguno, el pobre pero entusiasta contingente de mi oscura inteligencia.

¡Y cómo había de rehusar mi concurso á estas simpáticas fiestas, en las que la niñez parece entonar con entusiasmo y alegría un himno gigante y ardiente al ideal, por el que luchamos siempre en la tierra; á la felicidad, que nos parece atraer con su sonrisa mágica; y á la esperanza, que nos infunde, cuando el desfallecimiento agota nuestras fuerzas, y el abatimiento y el desánimo reinan en nuestra alma, nuevos bríos y alientos nuevos para luchar y vencer? . . .

Cuenta la historia que las vestales mantenían en la antigüedad siempre encendido el fuego sagrado bajo las sagradas bóvedas del templo. La misión de la niñez es, en mi concepto, tan grande y tan santa como la de las vestales: ella conserva incólume, sin mancha, dentro de las cuatro paredes de la escuela, la sagrada bandera del ideal, en cuyos pliegues luminosos se lee el porvenir, y bajo cuya sagrada sombra se arremolinarán las ardientes y fogosas multitudes cuando se escuche sonar, impaciente, en el eterno reloj del tiempo, la hora ansiada de la felicidad de la patria bendecida, y de las grandes reparaciones nacionales!

Ah! Bendigamos con todas las energías del alma á la niñez que cumple con tan grande y tan santa misión; á la niñez, que no deja apagar la llama esplendorosa del ideal!

Cuando hago acto de presencia en estos festivales, donde todo es luz y color, armonía y belleza, mi alma se entrega á generosas expansiones, recobrando como por encanto su antiguo vigor y su vieja energía, y el espíritu fortalecido y armado de poderosas alas remonta el vuelo hacia regiones celestes y puras, donde no se escucha, turbando su majestad y su silencio, el rugido atronador del fiero huracán de las pasiones que, con su soplo terrible y mortal, todo lo envenena, lo mata y lo destruye!

¡Y no puede suceder de otra manera!

La niñez con sus brillantes y soberanos atractivos ejerce mágica influencia en los que saben amarla y comprenderla! Las voces sonoras y llenas de armonía nos suenan al oído como voces de ángeles! El fulgor de inocencia y de virtud que irradian sus frentes puras y altivas hace nacer en nuestro espíritu la luz apagada de la esperanza y del ideal, que brota de entre sus cenizas como el Fénix que nos pinta la fantástica leyenda! Sus palabras, que revelan el ardor y el entusiasmo generoso de sus almas, tienen el raro y mágico poder de dar vida y lozanía á las tiernas ilusiones, que, cual inocentes flores que mata el huracán con su beso de muerte, se marchitaron al sentir el helado contacto de la realidad abrumadora. La intensa luz de su mirada parece encender de nuevo en nuestra alma la extinguida lámpara de la fe; de la fe que, cual ave de paso, huyó á otras regiones más propicias á construir su nido!

En fin, la niñez con su inocencia y su candor, con sus sonrisas que cautivan, con sus encantos que seducen, con sus alegrías que entusiasman, con sus bellezas que admiran y atraen, con sus miradas dirigidas siempre hacia el cielo, nos promete la dicha y la felicidad, nos infunde ardiente fe en el porvenir, y . . . hasta nos hace creer en Dios!

Si estos torneos donde la niñez acude presurosa y llena de alegría á recibir la recompensa merecida á sus desvelos, el premio debido á sus esfuerzos, á su trabajo y á su inteligencia, cautivan tanto mi imaginación con su belleza, con sus encantos, con sus brillantes atractivos, y con su luz esplendorosa, mucho más lo pueden los torneos celebrados en el *Colegio Helvético*, cuyo acto de adjudicación de premios acaba de tener lugar.

Ah! existen momentos en la vida azarosa y agitada de los hombres que, por motivos especiales y por circunstancias determinadas, viven profunda y eternamente grabados en los apartados rincones de la memoria.

La vieja y callosa mano del tiempo inexorable que todo lo cambia, lo muda y lo transforma, no podría jamás borrar de mi memoria los días felices, las horas gratas de la infancia que, como las golondrinas del poeta, se fueron para nunca más volver, pasadas, entre el juego y el estudio, en el antiguo y querido *Colegio Inglés*, que todos vosotros recordaréis, y que estaba establecido en el mismo local en que la niñez celebra esta bella y simpática fiesta.

¡Qué momentos deliciosos aquellos en que, la inocencia pintada en la frente, con el corazón alegre y contento, con el alma llena de fe y de ardiente entusiasmo, cuando no conocía lo que es la infidelidad del amigo, lo que son las ilusiones marchitas, lo que son los sueños no realizados, lo que es la esperanza defraudada, lo que son el excepcionalismo y la duda, acudía todos los días, lleno de júbilo y de gozo, á aquella querida escuela, á buscar en sus aulas queridas la luz de la moral y de la ciencia que iluminase mi alma y mi cerebro entenebrecidos!

Podría en este momento en que el recuer-

do hace revivir en mi memoria aquellos días de felicidad, de dicha y de alegría que nunca más volverán, exclamar, parodiando al insipirado bardo:

¡Oh recuerdos, y encantos, y alegrías  
De los pasados días!  
¡Oh gratos sueños de color de rosa!

Si no tenéis fe en mi palabra; si no creéis en lo que mis labios y mi alma os cuentan á vosotros en este instante, preguntádselo — que ellos han sido y son testimonios mudos y elocuentes de todo lo que dice el alma indiscreta — á aquellos árboles gigantes que adornan este recinto, y que tantas veces me vieron correr y jugar bajo su dulce y bienhechora sombra! Preguntádselo á la brisa suave y mansa que al nacer y al morir el Sol refresca este lugar, y que, después de agitar las altas copas de los árboles, descendía cariñosa á besar y á acariciar mi frente en el instante en que estaba profundamente entregado á la meditación y al estudio! Preguntádselo, por último, á estos viejos y queridos muros, cuyas grietas y hendiduras acaso guardan aún el eco débil de mi voz de niño; que han sido testigos mudos de mi afán por el estudio, de mis trabajos y esfuerzos escolares, y de mis crisis nerviosas en los momentos agitados del examen!

¡Sí! Preguntad á ellos que quizás os digan al oído y en secreto todo lo que ha dicho y siente mi alma!

Es tanta la influencia que tienen sobre mí estas fiestas del *Colegio Helvético*; en presencia de ellas va tan lejos mi imaginación en las alas del recuerdo, que me creo, en este mismo instante, completamente confundido con las alegres niñas que, hace cortos momentos, acaban de recibir el lauro que la diosa de la justicia sabe siempre discernir á la inteligencia, al trabajo y á la virtud.

Aunque encuentro placer en seguir departiendo sobre cosas para mí tan queridas, me asalta la idea de que vosotros estaréis ya sumamente fatigados, y yo también lo estoy.

Voy por tal motivo á terminar, pero no sin antes dirigir á la distinguida directora de este importante establecimiento de educación, á sus ilustradas ayudantas y á sus inteligentes y estudiosas alumnas, la más sincera y calurosa de las felicitaciones, á la que se hacen con justicia acreedoras, por el brillante éxito de los exámenes de este centro de instrucción.

¿Y nada más que felicitaciones? No! Quiero también dirigir á todos ellos una palabra entusiasta de aliento que les sirva de poderoso estímulo, de acicate poderoso, para proseguir por la senda escabrosa en que se encaminan. Á las niñas, para que continúen iluminando su cerebro y su alma con los rayos esplendorosos de la ciencia y de la moral: así asegurarán su propia felicidad y la felicidad de la patria. Á los maestros, para que no desmayen en su obra grande de regeneración: la de inculcar en el corazón y

en la inteligencia de los niños, en cuyas frentes de nieve está escrito el porvenir brillante de la patria, sabios y sólidos principios y edificantes ejemplos de virtud: de esta manera se conquistarán las simpatías y la eterna gratitud de la sociedad entera.

HERMINIO C. NÚÑEZ.

Salto, 1886.

## PUNTOS SOCIOLOGICOS

### CRÍTICAS MENUDAS

Habiendo leído las crónicas sociales de unas revistas, ocurrióseme discurrir brevemente sobre costumbres de la sociedad contemporánea, trazando estos esfumos rapidísimos ó impresiones sueltas, que inmerecidamente llevan por título puntos sociológicos, y, que sin duda alguna, no resultaran ni medio humorísticos, ni con la sal y pimienta necesarias para no salir una purísima sosería; ni mucho menos serán una página que recuerde á Peladán, el exaltado y excéntrico retratista de la sociedad parisiense, al tratar de bosquejar mi pluma, del modo más fiel posible, el símil de los ilustres varones de la moda de hoy para hacerlos resaltar vivitos y cantando con sus rasgos característicos y típicos. En este mundo criticador y burlón, medio mundo crítica al otro medio, la mitad ríe de la otra mitad, y viceversa: verdad pura y lógica, que prueba que criticamos y reímos unos de otros, todos los seres racionales esparcidos sobre el orbe entero... Comedia universal que por doquiera asoma con sus risas, sus burlas, sus murmuraciones, sus críticas menores: entre las relaciones íntimas, las de calle ó de simple saludo; bajo el techo del teatro, del club ó del café, entre los amigos y meros contentulios... ¿Acaso no existe abierta una lucha de continua hilaridad y burla entre los rutinarios bandos de casineros y caramboleros de las salas de billar y entre los diversos grupos que se dedican á otros juegos?... Los ilustrados y sociales, los desapasionados de todo juego, no se ríen acaso, y más, no se compadecen de los jugadores que rodean la mesa del *golfo* ó *baccarat*, casi siempre unos zotes ó infelices, incapaces de tratar más cuestiones de ciencia ó inteligencia que las cabalas de la jugarreta?... Sí, se ríen á carcajada corrida, á veces con lástima, otras con rabia, porque da verdaderamente coraje ver cómo malgastan casi siempre tiempo y dinero tales jugadores, empedernidos y retrógrados, que se adhieren al tapete verde como la almeja á la roca.... Distínganse de éstos á los que toman en sus manos un naipe ó apuntan unas fichas por puro pasatiempo, ó por extirpar un acceso de *spleen*... Sí, todo es risa, risa y murmuración en el mundo en que andamos... Cada cual mira mal al prójimo y habla peor á sus espaldas, mientras que por delante le enseña la sonrisa en los labios... El templario, el que por costumbre ó imposibilidad física del estómago bebe con fruición su copa de agua, mira con ojos de ogro á los que sabo-

rean un vaso de *kirchs* como él su agua pura. El infeliz que no fuma, ríe con los labios y en su interior se pone hecho un basilisco contra los que profesan el sagrado culto del cigarro y echan verdaderas trombas de humo por boca y narices, con el supremo placer de los dioses. ¡Oh! qué goce sublime es el fumar, para el fumador de verdad, auténtico, que fuma por verdadero vicio, diré así, y no para el que simplemente chupa tabaco y expelle humareda. En este mundo, pues, ríe ó critica, rabia ó murmura el ilustrado del incipiente, el sensato del necio ó tonto, el célibe del casado y vice-versa, continuando así hasta el amigo del amigo, el compañero del compañero, y aun el tonto del tonto... La murmuración ó el chisme que trae aparejada la desunión, indefectiblemente, reina entre los que se titulan amigos, siendo la causa primordial el cabecilla del grupo, un hombre malo con costra de bueno; un intrigante, un adúltero, farsaico, envidioso, autoritario, supeditador de voluntades, á quien los débiles ó hipócritas se le someten pasivamente y los enérgicos ó independientes se les separan. Es el cisma de la amistad, en la mayoría de los casos: su imposición ó mando para manejar á hombres de carne y hueso como á hombres de goma, é imponer voluntades ajenas en la vida social, lo mismo que á mujeres ó niños en la doméstica... Y, hasta obtienen reparo, descendiendo á lo más baladí del detalle, los que visten á la buena del sastré, que no es muy grande; y son el hazmereír de la buena sociedad, elegante, culta sociedad, los que en un salón de recepción ó baile, del brazode una señora ó señorita, le hablan casi á gritos de caballos, del calor, del frío, de la lluvia, del sol, del tiempo bueno ó malo, y de cuantas fruslerías y tonteras pueden venir á las mientes de un zafío! Tales tipetes ó zoquetes abundan muchísimo en el mundo llamado social... Pobrecitos ilusos, infelicitosimos, desgraciados, — no critico, soy veraz, — los cuales, casi siempre sólo tienen por fortuna unos padres ignorantes, y ricos quien sabe á costa de cuantas privaciones y... humillaciones... ¡Pobres! qué lástima dan!... Por lo general los envían al extranjero, á Italia ó Francia, á instruírse, á ilustrarse, como si lo de instruírse é ilustrarse fuese un bien común! Y vuelven al país natal ¡córcholis! como vuelven: más deslustrados que un par de botas inservibles y más incultos que un guardia civil... Ni el propio idioma saben hablar ya, mejor dicho lo hablan peor que antes, desastrosamente, y con galicismos, por añadidura, único fruto logrado en su viaje instructivo é ilustrativo por el viejo mundo. No obstante, regresan inflados como globos. Son los *hombre-globos* de que habla el ilustre crítico Larra, con la rara excepción de que éstos son originarios del *hombre-sólido*, ó mejor dicho, *hombres-sólidos* con exterioridades de *hombres-globos*: ó sea, el *hombre-soquete* desarraigado del terruño, rodando en el espacio donde gravitan los *hombres-globos* verdaderos... Preséntanse en sociedad y les toca hacer el papel más ridículo y triste entre los otros que no han pisado otro suelo que el nativo y que, sin embargo, poseen ilustración me-

diana ó completa, la suficiente para avergonzarlos de su perfecta insociabilidad y manifiesta incipencia, tratándose de artes ó ciencias sociales . . . Trashumantes viajeros, nos alejan con las anécdotas de su cartera de viaje y las soporíferas descripciones de su vida rutinaria por el extranjero. . . Pasear embolados por las calles y playas; visitar sitios comunes (interpretése como se quiera); gastar dinero sin tasa, mirar sin ver *res*; correr aventurillas, á lo más; estudiar, ¡bah! meterse en cualquier instituto y sacar de sus aulas lo que el negro del sermón. . . ilustrarse, si por casualidad sus ojos tropiezan con algo histórico, científico ó literario, esa es su vida. . . Después, fastidiados, tal vez nostálgicos de las ignorancias y solturas del terruño natal, dicen, á tu tierra grullo . . . Y vuelven, ya se ve cómo y para qué. . . A ridiculizarse más perfectamente, pues hasta entre las mujeres sacan nota alta como gánapiros. Son tímidos y encogidos entre ellas, y además saben también á menos. . . Y lo peor es que son enormemente sensitivos, tan tiernos de corazón como duros de mollera, y se enamoran irremediamente con locura, por cualquier cosa de mujer; y una coquetuela cualquiera le engaña verdadera y sinceramente, por amor al vil metal de su padre. . . Llega el colmo de su desgracia, para ellos una suerte, á descubrirles la falsedad, y ¡nada! se desentienden, siguen fieles como lebreles, al *objeto* que los engañan; mas por otra fortuna de ellos, raro es el animalillo con faldas que aguanta tanta zotería, y, en hora buena ó en hora mala para el fulanillo, empalagada al fin con el viviente promotorio de ignorancia y de dinero, lo desengaña mal que le pese al infelice que, mohino, alicaído, escribe al objeto de su forzosa decepción una carta con ortografía de un mozo de cordel, en la cual le pide sus dádivas. . . ¡Claro! Á fuerza de dádivas, imán que usan los tontos, se atraen el cariño de la mujer. . . Después se echa en brazos de otros amores, con los mismos resultados. . . Calabazas. . . Recorre toda la escala social, y concluye por ofrecer sus amores á una corsetera, encajista, guitarrera, ¡qué sé yo! siempre alcanzando el mismo fin. . . ¡Calabazas y más calabazas!! . . . Entre los amigos, no es más afortunado el pobre rico. . . : en dos palabras queda referida su historia: gasta dinero espléndidamente con ellos, les hace préstamos y regalos; con algunos la fortuna es común, les lleva al teatro, les pasea en carruaje, en caballos, les invita á comer. . . Total: después, esos mismos amigos, entre los cuales forzoso es contar alguna honrosa excepción, dicen sueltos de lengua. . . Es un iluso, un zote, un idiota y adelante con los calificativos honrosos. . . ¿Amigos? No los hay, no los ha habido nunca. . . El que me sostenga lo contrario, ¡miente!. . . Es decir, los amigos ideales que se ambicionan. . . Vanidad, egoísmo, interés, adulonera, formas, farsas, deslealtades, he ahí los componentes del *hombre-amigo*, casi siempre. . . ¡Amor! ¡Ah! bonita palabra para los tontos; y que sólo para tontos puede existir como una realidad, esa quimera, esa tontería del género humano. . . ¿Qué hay en el pensamiento de la mujer? . . . Ilusio-

nes, humo, fantaseo . . . Y el corazón, ¿qué es? Nada, nada más que una veleta que gira con las ráfagas de los caprichos é inconsecuencias, del *feminismo* de todos los tiempos! . . .

Y volviendo á los seres titulados «gente de moda» sin meterme á crítico mayor, sólo me limitaré á bosquejarlos lo más gráficamente posible. Son unos gárrulos de cerebro vacío, — y no ofendo á nadie porque es lo cierto— salvo excepciones, tan inútiles á sí propios como á la sociedad que les dispensa la gracia de vivir en ella, incapaces para emitir frases coordinadas; nulos completos para los actos que revelen sentido común; cuyos méritos intrínsecos son los de vestir frac, calzar guante blanco, lucir sus figuras de actualidad en la moderna indumentaria y exhibir su crásima zoncera en los teatros, salones, paseos, *sports*, preciándose en todas partes de aristócratas. . . Como si aquí hubiera más aristocracia que la del dinero, ni más sangre azul que la inculcada por los acreedores pertinaces y majaderos, — ogros detentadores de la *gente bien*. —: *Gente bien* he dicho? He ahí un modismo general hoy día, cuya acepción, á mi humilde entender, debe simbolizar en el género masculino al varón honorable, perteneciente á familia de posición honesta, ó al ejemplar de honradez, decencia, talento y todo para ser bien conceptuado en sociedad, sea su cuna pobre ó rica, tenga humos de aristócrata ó condiciones democráticas sociológicas ó morales! Infelices por los cuatro costados, que, como ilustrados, sólo se solazan á lo más con librecos de Ohnet, Theuriet ó Dumas y otros del mismo bajo precio literario. Una página sencilla y amena de Rueda, Valera ó Gaspar los fastidia hasta el bostezo; las sobrias y humanas lecturas de Tolstoy, Maupassant ó Turgueneff, son cosas imposibles para ellos. Á la primera línea ¡zurrapa! arrojan el libro lejos de sí, declarando que no vale para entretener; sin alcanzar á dilucidar, que es su propia impotencia intelectual y falta de gusto literario, la causa, única causa, que rechaza tales obras y todas las que se hallen á tal altura. Y es así que rechazan á Bourget, el preclaro psicólogo, á Daudet el humano, el sentimentalista supremo de la novela, á Pereda, el eminentísimo novelista y castizo escritor, á Galdós, el grandioso documentista humano, Palacio Valdés, el notable crítico y novelista, á la Pardo Bazán, eximia crítica, historiadora y novelista, á De Amicis, el sentimental y dulce novelador y articulista, por citar los más conocidos escritores contemporáneos franceses, españoles é italianos.

He ahí lo que son capaces de ignorar esos tales jóvenes de salón. Sus garrulerías nos causan el mismo efecto que el que causa á un lector de buen gusto un libro elegantemente impreso, nítido, fresquito y acabado de procrear por el intelecto de un contemporáneo de las letras, y cuyas primeras páginas le resultan huertas, desprovistas en absoluto de gracia, discernimiento y de la cultura y emoción artística que debe resaltar de lo real. El bote casi mortal quedaría leyendo ese adesio sin la menor partícula de fósforo cerebral, no sería tan

grave como el desmayo que nos producen estos jovencuelos tan llenos de fatuidad como de ignorancia. Y, notando que esto ya pasa de punto, doy punto final á estos apuntes que, si no son crítica verdadera, en cambio son la expresión de la verdad.

PEDRO C. MIRANDA.

## «Sobre lenguaje»

S. D. Carlos Martínez Vigil

Montevideo.

Mi distinguido señor i amigo,

e leído su folleto intitulado «Sobre lenguaje», ke se sirbio rremitirme kon fina de likatoria ke me onrra i ke en mucho estimo, kon todo el interes ke merezen sus atinadas obserbaziones sobre la korrekzion del idioma.

Ojalá siga usted en la provechosa tarea de atakar lo bizioso de nuestra lengua; ya ke kuenta kon basta erudizion i kon intelijenja libre de prejuizos.

Le saluda mui atentamente su agradezido admirador i serbidor inkondizional,

KARLOS KABEZON.

Balparaiso, 20 de Noviembre de 1897.

Señor don Carlos Martínez Vigil

Montevideo.

Muy estimado señor y amigo:

He recibido su opúsculo «Sobre lenguaje», que he leído con verdadero placer. Mucho podría escribirle sobre él; pero desgraciadamente las ocupaciones de mi cargo, muy numerosas en vísperas de exámenes, y el trabajo de cuatro obritas de lectura, me impiden por ahora dedicarme á tan agradable tarea.

Á los ejemplos aducidos por V. para probar que la incorrección del *cuyo* se encuentra en autores de nota, podría yo agregar hasta una docena de ejemplos tomados de los clásicos españoles.

Supongo que no será este precioso estudio gramatical el último que salga de su pluma: por lo tanto, espero tal ocasión y la llegada de las vacaciones para dedicar á sus obras algunos articulejos.

Por este correo le remito algunas tonterías escritas de los veinte á los veinticuatro años. Juzgue V. cómo serán. Si V. las juzga indignas de publicarse en la REVISTA NACIONAL, le suplico me las devuelva por correo, pues no conservo copia alguna. Al enviárselas sólo quiero demostrarle mi buena voluntad, y que si no le he remitido algo más serio y mejor escrito, ha sido á causa de la vida ocupadísima que llevo de tres años acá.

Mande como siempre á su afímo.

S. S. y amigo

CARLOS GAGINI.

San José de Costa Rica, 15 de Septiembre de 1897.

Señor don Carlos Martínez Vigil

Montevideo.

Distinguido señor: Recibo, por intermedio del señor Stock, director de « La Quincena », el muy valioso recuerdo suyo: « Sobre lenguaje ». Me apresuro á agradecersele á V., lamentando haberlo recibido tan tarde, pues casualmente había escrito un artículo sobre el folleto de Palma — que ha dado origen á su interesante trabajo — y acaba de aparecer publicado en « La Ilustración Sud Americana », números de noviembre 16 y diciembre 1.º ppdo. No tengo á la mano, por desgracia ejemplar alguno de esos números, pero si le fuese á V. difícil procurárselo en esa — donde entiendo que dicha revista circula bastante — sírvase avisármelo y veré si la administración quiere desprenderse de algún número suelto.

Con este motivo, me permito rogarle me considere como á su muy affmo. S. S.

ERNESTO QUESADA.

Buenos Aires.

« SOBRE LENGUAJE »

Folleto gramatical que acabamos de recibir, con atenta dedicataria de su autor, don Carlos Martínez Vigil, catedrático interino de gramática castellana en la Universidad de Montevideo, joven literato de correctísima dición, de brillantes orientaciones en este proceso de las letras americanas, que él, en unión de los muy distinguidos escritores de la REVISTA NACIONAL, enaltece é ilustra en el extremo meridional del continente.

Ha escrito un folleto *Sobre lenguaje* el señor Martínez Vigil, á propósito de la obra *Neologismos y americanismos* de don Ricardo Palma, y condensa la intención de las apuntaciones que á la obra citada hace, en un párrafo tomado del joven literato chileno don Miguel Luis Amunátegui Reyes y que encabeza como epígrafe las disertaciones del autor del folleto de que damos cuenta.

Luchador de viriles energías Martínez Vigil en la prensa del Uruguay, leal á la fe de su escuela literaria, instruído profundamente en cuestiones que á su actual profesorado competen, disimula su prosa sonora y brillante la natural aridez del asunto que en su publicación debate, y hace amenas, sobre galanamente austeras, las disquisiciones filológicas en que se ha comprometido.

Protesta contra el exclusivismo de los que intentan ceñir en férreas prescripciones la *factura* del idioma á mérito de consagraciones y de tolerancias vinculadas en indiscutibles y nunca discutidas autoridades; pontificados que repugnan á la condición de vida, de organismo, característica de una lengua; sujeta, por tanto, á progresos evolutivos, á transformaciones que llevan el perfeccionamiento, ó cuando no, la necesidad de nuevas expresiones que piden con perentorio reclamo los pensamientos, las ideas y las tendencias nuevas.

Y previene el autor que no se funda su opinión en prurito de innovaciones, ni se

crea, al juzgarla, que ha de irse hasta el extremo de crear á tuertas y á derechas nuevas palabras para designar objetos que ya tienen su expresión precisa, lo que acusa « falta de gusto y de educación literaria, cuando no prueba palmar de punible ligereza. » Severa y bien comprendida justicia, é inviolable observancia de toda ley, en asuntos de lenguaje, como en asuntos de Estado, es lo que solicita y defiende el joven escritor y catedrático.

No es excusa que el delito resida en regiones eminentes ni que honorable é ilustre fuese el delincuente para que el fallo se desvíe de su cabeza y de su crimen: « Un error no deja de serlo por el hecho de haber incidido en él doctores de los de más reverendas; no cambia de naturaleza tampoco por haberse en él incurrido una, diez, cien veces. Esto no prueba otra cosa que su generalización. »

Llama el joven autor á la discusión á los hablantes que apoyan á don Ricardo Palma con la autoridad de sus obras, para señalar en ellos por donde va el camino del buen consejo y cual es la ruta que enseñaron y que á pesar de la respetable indicación debe desecharse como vedada á la marcha desembarazada sobre segura y saludable del idioma. . . « No nos ciegue el respeto á lo pasado, ni encerremos nuestro idioma en los mezuquinos moldes de un afectado purismo. Sentiría infinito contribuir al triunfo de escuela de tan estrechas miras. Imitemos á los padres de familia que se esfuerzan en legar á sus hijos mayor patrimonio que el que les cupo en suerte; recojamos tan provechosas enseñanzas; procuremos aumentar el acervo común; acrecentemos la valiosa herencia, y acrecentada y rica, pase la hermosa lengua castellana de nuestros labios á los labios de la posteridad. »

Crea Martínez Vigil que agradecemos sinceramente el obsequio de su opúsculo y la nuestra de aprecio literario que contiene su dedicataria.

(El Cojo Ilustrado, Caracas.)

Hemos recibido cuatro números de la importante REVISTA NACIONAL DE LITERATURA Y CIENCIAS SOCIALES que se publica en Montevideo, dirigida por cuatro jóvenes de indisputable talento, doctor Víctor Pérez Petit, doctor Carlos Martínez Vigil, José E. Rodó y Daniel Martínez Vigil. Acompañan á estos ejemplares una obra importante sobre lenguaje debida á la pluma del doctor Carlos Martínez Vigil, espíritu selecto que se ha aboradado en el manejo del difícil tema que ha abordado con una competencia indiscutible.

Al agradecer el obsequio y la fina dedicataria con que vienen precedidas estas páginas, prometemos, una vez leídas con tiempo, ocuparnos en ellas con el estudio y la meditación que el caso requiere.

(Buenos Aires, La Plata.)



NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

HILACHAS DE FRASES, POR CLEMENTE BARAHONA VEGA. CONCEPCIÓN (Chile), 1896.

El señor Clemente Barahona Vega, talentoso escritor chileno que á las naturales dotes de su privilegiado espíritu á los méritos de una laboriosidad y una constancia estudiosa que mucho le enaltecen, nos envía un ejemplar de esta interesante colección de artículos.

Pertenece todos ellos á la serie de estudios paremiológicos que desde hace largo tiempo prepara el distinguido escritor; estudios que serán coleccionados, cuando los complete, en un grueso volumen que llevará el título general de *Refranero*.

El señor Barahona publica ahora separadamente los artículos comprendidos en *Hilachas de frases*, porque, por su extensión y por el género de observaciones con que se relacionan, se apartan un tanto de los demás y forman un conjunto uniforme.

*Las cuentas del Gran Capitán* — primero de los amenos escritos coleccionados — mereció á su autor una honrosa carta del ilustre general Mitre, cuando fué dado á la publicidad por primera vez, en la *Revista Militar*, importante publicación chilena. — Después de referir los hechos históricos en que toma su origen la frase proverbial que sirve de título al artículo, cita el autor, por vía de antítesis ó contraste, algunos honrosos ejemplos de probidad y desprendimiento de los próceres de la historia de América. Don Joaquín Suárez está comprendido en el número de los que dan motivo al paremiólogo chileno para narrar anécdotas que halagan la altivez patriótica de los americanos.

*La Vida es sueño* — segundo artículo de la colección, — da cumplida idea de las dotes de amenidad, donosura y elegancia de la pluma del señor Barahona.

Iguales dotes lucen, en mayor ó menor proporción, en las páginas que siguen. Cualquiera de ellas podría exhibirse como prueba del feliz talento del autor y de su habilidad para sazonar el pensamiento sagaz y la observación penetrante con el interés y la gracia del relato.

La abundancia de la erudición del señor Barahona y su prolalidad de citas, nunca llegan á hacerse pesadas para el lector. Es un elogio que no sería fácil hacer con justicia á la gran mayoría de los escritores que cultivan temas de la naturaleza de aquellos á que se dedica el joven literato chileno.

No es, ciertamente, el fecundo amor al estudio y á las aplicaciones serias del espíritu, el rasgo dominante en la fisonomía intelectual de la nueva generación americana. Por eso, es tanto más digno de elogio el esfuerzo de los que, como el señor Barahona, no temen arrostrar la general indiferencia por todo aquello que se aparte de una frívola amenidad, haciendo obra sólida y duradera. Lo es, sin duda, la del autor de *Hilachas de frases*, por cuanto tiende á esclarecer y ordenar el atrasado estudio de la paremiología americana y española.

Esperamos con verdadero interés la apa-

riación del *Refranero*, que dará exacta medida del talento, el estudio y la actividad del joven y encomiable esaritor, á quien agradecemos vivamente el obsequio de su libro.

El señor Barahona lleva publicados — además de *Hilachas de frases* — nueve volúmenes, en los que ha dilucidado cuestiones de diversa índole, históricas, políticas y económicas. Ha cultivado, también, la poesía y el cuento; y la reputación de que goza en su país es el merecido premio de su plausible laboriosidad intelectual.

## SUETOS

Nuestro eximio poeta nacional el doctor Zorrilla de San Martín anuncia en carta reciente que escribirá en breve un detenido juicio sobre *La vida nueva* de nuestro coreactor José Enrique Rodó y las ideas literarias que informan ese opúsculo.

Carlos Reyles publicará muy en breve su nueva réplica á don Juan Valera, con quien mantiene, como es sabido, una interesantísima controversia sobre cuestiones de modernismo literario.

El talentoso novelista activa, al mismo tiempo, la preparación de su tercera «Academia», que publicará por el establecimiento tipográfico de Dornaleche y Reyes.

Leopoldo Díaz, el celebrado poeta argentino, que desempeña actualmente el consulado de la vecina república en Suiza, ha prometido á la REVISTA NACIONAL favorecerla en adelante con su colaboración asidua. Serán, casi exclusivamente, las páginas de esta publicación las que den á conocer los nuevos trabajos literarios del reputado autor de *Bajo-relieves y Poemas*.

*Anales de la Inquisición en Lima* se titula el último libro del popularísimo escritor peruano don Ricardo Palma.

La REVISTA NACIONAL le consagrará en su sección bibliográfica la atención que merece.

Hemos recibido un ejemplar del «Almanaque de *Vida Social* para 1898», aparecido en Buenos Aires, bajo la dirección del señor Julio David Orguelt.

Las selectas condiciones artísticas de esa publicación y su ameno material literario, la hacen acreedora á una sincera recomendación.

Enviamos al señor Orguelt nuestros agradecimientos y nuestros plácemes por su hermoso *Almanaque*.

Acusamos recibo de la circular que nos ha sido dirigida por la Secretaría del IX

Congreso Internacional de Higiene y Demografía que se celebrará en Madrid en abril de 1898.

Dice el programa que acompaña á la circular:

«En la sesión de clausura del VIII Congreso, celebrado en Budapest (1894) se designó á la villa y corte de Madrid como sitio de reunión del próximo Congreso.

«El Gobierno de S. M. se propone cumplir dignamente el compromiso allí adquirido. El Patronato Real garantiza su augusta protección, y el buen deseo que anima á todos los que en España se ocupan en los interesantes estudios de Higiene y Demografía, asegura el buen éxito.

«Los trabajos de propaganda y organización, al cargo de una Junta presidida por el Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación, están muy adelantados. Impresos ya en cuatro idiomas los Programas y Reglamentos del Congreso y de la Exposición anexa, han comenzado á ser repartidos y circulados por todas partes; prepárase la lista de festejos, recepciones y excursiones científicas y de recreo; efectúanse las obras necesarias en el Palacio de la Industria y de las Artes, cedido por el Ministerio de Fomento para sitio donde han de celebrarse las sesiones de la Asamblea é instalarse las secciones de la Exposición; anúnciase la venida á España de numerosos y distinguidos hombres de ciencia extranjeros, y todo hace creer que la reunión del IX Congreso Internacional de Higiene y Demografía no ha de desmerecer de los anteriores.»

*Atlántida* se titula una nueva revista literaria que ve la luz en Buenos Aires bajo la dirección del conocido escritor don José Pardo.

Los tres números que de ella han aparecido contienen notables trabajos de escritores de la reputación de Gómez Carrillo, Darío, L. Lugones, Jaimes Freire, Díaz Romero, Berisso y otros muchos.

Deseamos á la nueva revista toda la prosperidad de que es merecedora.

Leemos en la «Revista Crítica» de Madrid: «Conforme anunciamos en nuestro número de enero, se ha representado en París la comedia *San Gil de Portugal*, arreglada por Alfredo Gassier.

Á propósito de esta representación han discutido los críticos acerca de varios puntos relacionados con nuestra literatura dramática antigua y su introducción en Francia; siendo punto central de estas discusiones el folletín en que Sarcey redacta la crónica central de *Le Temps*.

Un escritor, Mr. Vergniol, dijo en un artículo que el original español del *Cid* nunca ha sido traducido al francés. Contra este error reclamaron, en primer término, E. Gassier, citando la traducción de Beaumeille (1823), y luego M. Lucas, recordando los estudios de su padre, el crítico Hipólito Lucas, acerca del Teatro español. La carta de M. Lucas (hijo) la ha publicado Sarcey y nos complacemos en ofrecerla, traducida, á los lectores de la «Revista Crítica.»

Dice así:

«M Vergniol se engaña. No solamente ha sido traducido el drama *Las mocedades del Cid*, sino que fué representado en el Odeón en 1849, bajo la dirección de Bocage. El autor de la traducción fué mi padre, Hipólito Lucas, que se limitó entonces á cambiar de sitio la escena del leproso, para que produjera mayor efecto dramático, é introdujo además, para cumplir con las exigencias escénicas de la época, un baile y un canto guerrero.

» Más tarde, en 1860, en un libro titulado *Documents relatifs à l'histoire du Cid*, mi padre tuvo ocasión de publicar íntegra la traducción de la obra de Guillén de Castro.

» Añado á esto — para conocimiento del señor Vergniol y de todas las personas que como él se interesan por la resurrección del Teatro clásico español en nuestra patria — que Hipólito Lucas hizo representar, de 1840 á 1850, unas veces en la Comedia Francesa y otras en el Odéon, diversas adaptaciones en verso de aquel teatro.

Desde el número próximo, la REVISTA NACIONAL modifica sus condiciones materiales y aparecerá en la forma adoptada universalmente por las principales publicaciones de su índole.

Su publicación será mensual y cada número constituirá un opúsculo de 64 páginas del formato de la REVUE DES DEUX MONDES y de LA ESPAÑA MODERNA.

El presente número cierra, pues, el tomo tercero de la publicación, cuyo índice y portada serán repartidos á los suscritores conjuntamente con el próximo número de la REVISTA.

Nuestros favorecedores sabrán seguramente apreciar la importancia de esta mejora, que pone de manifiesto nuestro constante afán de hacerla cada día más digna del crédito de que goza dentro y fuera de la República.

